



**Facultad de
Psicología**



**UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA**

TRABAJO INTEGRADOR FINAL 2020

Monografía:

*“Disputas y consensos en el
proceso de profesionalización de la
Psicología durante las décadas 60 y
70 en Argentina”.*

Alumno: Palma Rodrigo

Directora: Renovell Estela

Co-directora: Torres Margarita Eva



ÍNDICE

I.	INTRODUCCIÓN	3
II.	DESARROLLO	9
	II. a- Profesionalización de la Psicología en la Argentina y disputas entre los primeros egresados y el resto del campo psi.	9
	II. b- Debates intelectuales y profesionales de los años 60 y 70	15
III.	CONCLUSIÓN	35
IV.	BIBLIOGRAFÍA	44

I. INTRODUCCIÓN

El presente trabajo intentará poner de relieve el carácter conflictivo de la legitimidad y el reconocimiento en el seno del campo profesional de la psicología en las décadas del 60 y 70 en Argentina, a partir del análisis de los debates que se suscitaron en ese período. El campo profesional estaba conformado por psicólogos, psicoanalistas, psiquiatras y médicos, y si bien todos esos actores protagonizaron tales debates, en el presente puntualizaremos especialmente en el que se dio entre los psicólogos y psicoanalistas.

En los años inmediatos a las primeras graduaciones de psicólogos, 1959 y 1960, la novedad de la profesión, las ambigüedades en la formación universitaria de los jóvenes psicólogos, tanto como la amplitud de aplicaciones de la nueva disciplina, tornaban impreciso su campo de acción, lo cual promovió un debate, que con el correr de los años, se iría impregnando del clima político que vivía el país. De tal manera, si al comienzo del

periodo estudiado, el debate sobre el rol del psicólogo estaba originado, sobre todo, por la urgencia en clarificar una nueva función profesional, todavía imprecisa, diferenciándola de otras funciones profesionales cercanas, al promediar el período, esa cuestión se solapaba con el debate acerca de la función de compromiso que le correspondía a los profesionales en una sociedad que requería urgentes transformaciones políticas y sociales.

En cualquier caso, el rol del psicólogo se recortaba en un horizonte, en el cual la limitación legal al ejercicio de la psicoterapia y del psicoanálisis aparecía como un primer dato de envergadura. Se había debatido acerca de la orientación de los estudios psicológicos, y sobre la pertinencia o no de la práctica de la psicoterapia por parte del psicólogo. Al mismo tiempo, sociedades y colegios de medicina y psiquiatría de distintos distritos del país, miraban con desconfianza la emergencia del rol del psicólogo en el campo de la psicoterapia (Klappenbach, 2000, s/p).

Posteriormente esto desembocaría en la sanción de la Ley 17.132 por parte del Poder Ejecutivo Nacional, en la que se encuadró la tarea de los psicólogos en la categoría de “auxiliares de la psiquiatría”, prohibiéndoles el ejercicio de la psicoterapia y del psicoanálisis, entre otras (Nación Argentina, 1967).

En tanto, las relaciones entre psicología y psicoanálisis giraban en torno a controversias que aludían a aspectos como las competencias profesionales y el ámbito de intervención propios de unos y de otros, así como también a las modalidades privilegiadas de lectura de la obra de Sigmund Freud.

Esto es, una lectura *inglesa* del psicoanálisis y una lectura *francesa* con Jacques Lacan como referente. La primera de ellas ya se encontraba inscrita en el campo del Psicoanálisis, desde la creación de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) en 1942. Esta entidad, desde sus inicios, mostraba un acatamiento extremo ante la autoridad externa, la International Psychoanalytical Association (IPA), que tenía su sede en Londres. Esto permitió que la obra de la psicoanalista inglesa Melanie Klein fuera vertida al castellano por editoriales argentinas durante esos años (década del 1940) y que varios miembros prominentes del ala Kleiniana de la asociación londinense visitaran la Argentina a partir de 1956, donde entre los representantes kleinianos más destacados se encontraba Hanna Segal. Esto generó que en esos años se asentara aún más la influencia kleiniana en la

asociación porteña. Desde el punto de vista teórico, la obra de Melanie Klein servía para sistematizar la producción freudiana de varias décadas dentro de un esquema mucho más rígido y coherente (Balán, 1991, pág.190).

Por otro lado, la *lectura francesa* en el marco de la crítica a la fenomenología y la construcción del campo estructuralista, permitía avanzar en una dimensión teórica: el descentramiento del sujeto moderno y la crítica a todo idealismo de la conciencia o del Yo, para articularlo con el concepto de formaciones ideológicas basadas en la estructura de desconocimiento del Yo. Para esta corriente, Lacan representaba una alternativa que cuestionaba la existencia de un revisionismo psicoanalítico, tras la caída en la ideología producto del hundimiento del psicoanálisis en el biologismo, psicologismo y el sociologismo. Desde esta perspectiva, se proponía una revisión de la disciplina freudiana a través de una crítica ideológica y de una elucidación epistemológica (Althusser, 1964, pág.26).

Para describir este marco de debates, se analizarán como fuentes primarias las publicaciones de la Revista Argentina de Psicología (RAP), que se presentó en sociedad en 1969, perteneciente a la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires. Se la considera una pieza relevante para establecer las características particulares que asume el proceso de profesionalización de la psicología en la Argentina y en especial en Buenos Aires, por cuanto permite observar cómo los actores centrales de esta nueva profesión visualizaban el proceso del cual eran protagonistas.

Comprender cómo fue el proceso de profesionalización, requiere atender las articulaciones entre la psicología, el psicoanálisis y la Facultad, establecidas desde principios del siglo XX. Se tomará a Mariano Ben Plotkin (2003) para comprender cómo fue la recepción y el desarrollo de la disciplina psicoanalítica en la Argentina, su inclusión en los programas de estudios de los cursos de Psicología dictados en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires desde principios del siglo XX hasta la creación de la carrera de Psicología en 1957 (2003, pág.1).

A su vez, se indagará en los vínculos que se establecieron entre el marxismo y el psicoanálisis, a partir de conocer el rol de los movimientos de transformación del psicoanálisis argentino, que buscaban algo más que una técnica psicoterapéutica. Algunos de estos movimientos hacían una lectura de los textos freudianos por fuera de las

instituciones oficiales como la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), en búsqueda de una síntesis integradora, que pudiera dar cuenta de la posición por la que pugnaban: formar un profesional capaz de operar como agente de cambio, con un posicionamiento ético-político desde el cual intervenir en la escena pública y asistir al hombre contemporáneo en sus malestares epocales (Carpintero y Vainer, 2004, pág.352).

En el seno de estos grupos también se concretaba, a su vez, la introducción del estructuralismo en la Argentina, marco en el cual se produjo una vuelta a Freud a través de la obra de Jacques Lacan, mediada por Louis Althusser y George Politzer.

La corriente estructuralista había comenzado en Francia, aunque su antecedente era el ginebrino Ferdinand De Saussure, fundador de la lingüística moderna. Bajo el nombre de estructuralismo se agrupan las ciencias de los signos, de los sistemas de signos en los que un elemento presupone el sistema. La definición de estructura deriva de la lingüística contemporánea, en la que los sistemas se perfilan por las relaciones lógicas entre los elementos que configuran la estructura. Esta corriente representó un corte epistemológico dentro de las ciencias del hombre, por cuanto significó el paso de una ideología a una ciencia. Lo importante era la búsqueda de un lenguaje científico y la necesidad de una teoría de la ciencia y, en esa línea, todos los estructuralistas buscaban aquellos aspectos de estabilidad que podían brindar un conocimiento científico (Carpintero y Vainer, 2004, pág.347).

Esta configuración estructuralista dotó al psicoanálisis de una condición de cientificidad e implicó la aplicación de ciertas categorías estructuralistas a la obra de Karl Marx.

Algunos de estos movimientos encontraron en Politzer un modelo para pensar la relación entre el estudio del inconsciente y las transformaciones sociales a través de la política, a pesar de que este filósofo húngaro se había convertido en un firme opositor a cualquier intento de conciliación, hecho que importantes autores del país eludieron.

Uno de los aportes más relevantes de este autor, versaba sobre la construcción de una psicología concreta, proyecto que sostuvo hasta 1929, desde donde intentaría rescatar lo

real del psicoanálisis a través del materialismo histórico y desde allí rechazar el mito de la vida interior y al mismo tiempo definir un nuevo objeto para esta psicología: el drama.

A partir del escenario descripto, se buscará identificar posibles consensos implícitos en el interior del colectivo de psicólogos, es decir, aquello que no era puesto en tensión y que constituía el trasfondo de esos debates intelectuales.

Para ello se tomará en consideración cuál era el corpus que proveía legitimación profesional, la delimitación del campo de los problemas, así como también las articulaciones de discusiones teóricas, epistemológicas y políticas de esa etapa histórica.

Este desarrollo pretende dar cuenta de lo que Ariel Viguera (2016) denomina perspectiva histórica crítica, que sostiene que:

La principal función de la indagación histórica es la iluminación crítica del presente. Una perspectiva histórica implica también que (...) los objetos científicos de la psicología pueden transformarse (y de hecho así ocurre) siguiendo las transformaciones humanas, históricas y sociales; de allí que consideremos que sólo pueden entenderse los debates actuales de la psicología contemporánea si se los estudia rastreando las fuentes y las coyunturas que les dieron origen y sentido, conociendo así cuáles eran las problemáticas a las que intentaban dar respuesta y qué niveles de consenso y alcance explicativo pudieron obtener”. (pág.3).

Desde esa mirada, se le asigna especial relevancia a los debates que tuvieron lugar durante las décadas 60 y 70, atento a que se trata de la época en la que, en Argentina “comenzaron a graduarse profesionales universitarios con título de psicólogo o de licenciado en Psicología según las distintas universidades” (Klappenbach, 2006, pág.140).

Con el estudio sobre el proceso de profesionalización de la psicología en nuestro país, se pretende poner de relieve los debates que se han dado al interior del propio campo en torno al rol profesional, posiciones que marcaron la segunda mitad de la década del 60. Pierre Bourdieu alude al campo científico como “un campo social como otro, con sus relaciones de fuerza, sus monopolios, sus luchas y sus estrategias, sus intereses y ganancias, pero donde todas estas invariancias revisten formas específicas” (2000, pág.12). En esa línea se

buscará comprender cómo este campo de disputa y de tensiones impactó y repercutió en el desarrollo de la disciplina. El sociólogo francés señala que el campo científico es un

[...] Sistema de relaciones objetivadas entre posiciones adquiridas (en las luchas anteriores), es el lugar (...) de una lucha competitiva que tiene por desafío específico el monopolio de la autoridad científica, inseparablemente definida como capacidad técnica y como poder social. (Bourdieu, 2000, pág. 12).

El autor de *El oficio del sociólogo* menciona que la lucha por la autoridad científica es una de las formas particulares de capital social, que garantiza un poder sobre los mecanismos constitutivos del campo, y que también puede ser reconvertido en otras especies de capital. Por ello manifiesta que se produce un enfrentamiento en el cual, cada uno de los agentes intenta imponer el valor de sus productos y el de su propia autoridad como productor legítimo, y donde también se presenta la lucha por imponer la definición de ciencia, esto es, la delimitación del campo de los problemas, las metodologías y las teorías que pueden considerarse científicas.

Desde esta concepción, una profesión es “un grupo ocupacional exclusivo que aplica conocimiento abstracto a casos particulares” que se desarrolla cuando una jurisdicción queda vacante, sea porque acaba de ser creada o porque un antiguo ocupante la ha abandonado o ha perdido una parte considerable del control que ejercía sobre ella (Abbott, 1988, pág.8). Esta perspectiva permitirá observar las claves de lectura para desentrañar las luchas y consensos que atravesaron el colectivo de psicólogos por estos años.

Se decidió enmarcar este abordaje en el eje temático de Formación Básica, por cuanto incluye la historia de la psicología, que refiere a la construcción y desarrollo de los paradigmas, teorías y enfoques del campo profesional que nos ocupa desde sus orígenes y hasta su constitución como ciencia y profesión. Entre los contenidos que integran este eje temático, se encuentra la psicología en la Argentina desde sus inicios hasta mediados del siglo XX con la propuesta de creación de las carreras, la profesionalización propiamente dicha y los debates intelectuales y profesionales de los años 60 y 70. En ese sentido, los contenidos de la materia Corrientes Actuales en Psicología serán centrales para el análisis. Además, como nos referiremos al desarrollo de la psicología, a la historia de su

conceptualización y configuración como campo científico y académico, creemos pertinente tomar los aportes de Reinhart Koselleck (2004) quien señala que todos los conceptos tienen una historia. El autor refiere que “la propia realidad no se deja atrapar bajo un mismo concepto todo el tiempo, sino que invita a una multiplicidad de nombres y de denominaciones susceptibles de aplicación a un mundo cambiante” (pág. 30).

En esa línea, consigna que:

(...) El significado y el uso de una palabra nunca establecen una relación de correspondencia exacta con lo que llamamos la realidad. Ambos, conceptos y realidades, tienen sus propias historias que, aunque relacionadas entre sí, se transforman de diversas maneras. Ante todo, los conceptos y la realidad cambian a diferentes ritmos, de modo que a veces nuestra capacidad de conceptualizar la realidad deja atrás a la realidad conceptualizable o al contrario (pág. 36)

Esta mirada, que abarca la revisión histórica del devenir de un concepto, campo o corriente, implica necesariamente detenerse en la importancia de la constitución del público, en las escisiones y tensiones entre públicos diferentes, que dan lugar, a su vez, a visiones divergentes. Tal como lo explica Hugo Vezzetti:

“Tampoco es transparente la relación de la obra con su tiempo, con las ideas y representaciones que dominan una época; en la medida que esta relación cambia, o puede ser muy diferente en los distintos espacios (...) de recepción, también cambian las lecturas y los impactos (...). El sentido permanece abierto y las historias deben reescribirse justamente porque las lecturas se renuevan no sólo en lo explícito de los enunciados y las prácticas sino en una dimensión latente que se toca con los sistemas de creencias y con los límites de lo pensable y lo asimilable en un espacio dado de recepción (2007, pág.164).

II. DESARROLLO

a. Profesionalización de la Psicología en la Argentina y disputas entre los primeros egresados y el resto del campo psi.

Para comprender los avatares de la construcción del rol del psicólogo argentino, es necesario recapitular, aunque sea brevemente, para observar el proceso de profesionalización en el país.

Tomando a Alejandro Dagfal (2014), se puede afirmar que los esbozos de ese proceso tuvieron lugar a fines de 1940 y principios de 1950, etapa que se denominó el primer peronismo. En el transcurso de los dos primeros gobiernos de Juan Domingo Perón (1946-1952 y 1952-1955), se desarrolló una psicología aplicada, particularmente bajo la forma de la psicotecnia y la orientación profesional, que resultaba particularmente apta para complementar el proyecto industrialista del gobierno. La orientación profesional servía para vincular el mundo de la educación al del trabajo, utilizando una serie de técnicas psicológicas, lo que llegó a alcanzar rango constitucional con la reforma de 1949, que, en su artículo 37, reconocía los derechos del trabajador, la familia, la ancianidad, la educación y la cultura (Klappenbach, 2000, s/p). Ello implicó el nacimiento de numerosas instituciones destinadas a fomentar y aplicar esas metodologías, en cuyo seno se crearon carreras menores destinadas a formar profesionales específicamente para esa tarea. Fue a partir de la iniciativa de algunas de esas instituciones que, en 1954, se organizó en la provincia de Tucumán el Primer Congreso Argentino de Psicología.

Como los psicólogos aun no existían en tanto tales, los participantes eran en su mayoría profesores de psicología, filósofos de orientaciones diversas, sacerdotes, psicotécnicos, médicos psiquiatras e incluso, algunos psicoanalistas (Dagfal, 2014, pág.102). Fue en este marco donde, en una sesión plenaria, se aprobó una declaración tendiente a la creación de la carrera universitaria del psicólogo profesional a escala nacional.

Luego del derrocamiento de Perón, en septiembre de 1955, la dictadura que tomó el poder en cierto modo delegó el manejo de las universidades a los sectores intelectuales más liberales (progresistas y no progresistas), que durante el gobierno depuesto habían tenido que prosperar en las sombras. Las universidades nacionales comenzaron entonces una etapa de normalización institucional y de modernización curricular que permitió el pleno desarrollo de las ciencias humanas y sociales. En ese contexto universitario reformista, la Psicología se perfilaba como un saber indispensable.

En ese nuevo período (autodenominado Revolución Libertadora) se generaron las condiciones académicas para la profesionalización de la disciplina, que vinieron a sumarse a las condiciones del ámbito profesional que ya parecían estar presentes desde la etapa anterior. Quizás de este modo sea entendible que, después de que las universidades

recuperaran su autonomía, en sólo dos años -entre 1957 y 1959-, la carrera de Psicología haya sido creada en cinco universidades nacionales: en Buenos Aires, en 1957; en La Plata, Córdoba y San Luis, en 1958 y en Tucumán, en 1959 (además de la de Rosario, que había sido reabierto en 1956). De esta manera, al contar con un lugar específico de legitimación académica y de formación para los psicólogos, comenzaba en Argentina la historia de la Psicología como disciplina profesional.

Si bien no se trataba en absoluto de una disciplina homogénea, ya que en cada carrera coexistían múltiples proyectos, es claro que la psicotecnia y la orientación profesional no tendrían el mismo lugar que durante la era peronista.

Los proyectos disciplinares y profesionales que guiaron a la mayoría de los fundadores tenían muy poco que ver con lo que sucedería después. Muchos definían la psicología en términos científicos bastante tradicionales, ligados a problemas biológicos, filosóficos y antropológicos. En cuanto al rol profesional había pocos acuerdos. La mayoría pensaba que la clínica no debía ser una orientación privilegiada en la formación de grado, ya que su ejercicio estaba legalmente reservado a los médicos. Entre 1958 y 1960 se hizo una tentativa de organizar en común el campo de la Psicología académica, frente al problema de la falta de profesores formados en las áreas que querían privilegiar.

El estado de situación, más que reflejar la realidad de la disciplina, dejaba ver cuáles eran los ideales de los fundadores. En esa época en la Argentina, a diferencia de otros países, la Psicología de laboratorio prácticamente había desaparecido, al igual que otras formas de aquella considerada científica u objetiva. Por otra parte, en la era post-peronista, la psicología industrial y la orientación profesional tampoco estaban ya entre las ramas más populares. En ausencia de docentes capacitados para todas las áreas, acordaron que, después de una licenciatura común, cada carrera se especializaría en la orientación más adaptada a su propia tradición, a las demandas del ambiente y a los docentes con los que disponía.

“Si los diversos proyectos de los fundadores parecían acercarse a la idea de una formación científica para los futuros psicólogos, podría decirse que los alumnos tendrían otro tipo de expectativas. Lo cual no iba a dejar de incidir en el curso de los acontecimientos” (Dagfal, 2014, Pág.104).

Lo cierto es que se instaló una bipartición entre los que concebían a la Psicología como una ciencia natural y los que la consideraban una disciplina del sentido, que servía para interpretar, entre otras cosas, los cambios sociales e individuales, los procesos políticos, las transformaciones de la familia, entre otros. Por sus consecuencias para el rol profesional, ésta iba a ser una de las grandes divisorias de aguas en los primeros debates generados en el seno de las carreras, e incluso más allá de ellas.

Los principales responsables de la profesionalización universitaria de la Psicología argentina no tenían ninguna intención de privilegiar el desarrollo de una psicología clínica de

filiación psicoanalítica. Se trataba de un rol bastante limitado, que no se inspiraba en el psicoanálisis y quedaba subordinado a la tutela del médico en lo tocante a las psicoterapias. Considerando tales posiciones de algunos de los fundadores de las carreras, no resulta extraño que, en los primeros planes de estudio, el psicoanálisis apenas ocupara un lugar muy discreto. Sin embargo, contra la voluntad más o menos explícita de los fundadores, los primeros graduados de las carreras de Psicología, en su gran mayoría, se orientaron hacia la práctica clínica liberal, haciendo a menudo un análisis personal a lo largo de sus estudios.

La hipótesis que sostiene Alejandro Dagfal acerca de lo que sucedió en la Argentina, donde rápidamente el psicoanálisis adquirió un lugar de privilegio en la formación universitaria, consiste en que, por toda una serie de factores convergentes, ese giro ocurrió poco después de la creación de las carreras, aproximadamente entre 1959 y 1962, durante el transcurso de los estudios de los primeros ingresantes. El autor explica que, por un lado, hay que pensar que la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) -la única institución en el país reconocida por la International Psychoanalytical Association (IPA)- había sido creada varios años antes, en 1942 (Balán, 1991, pág.187). Si bien había comenzado a desarrollarse tímidamente, casi como una sociedad secreta, a partir de 1955, en un marco de vertiginosa renovación social y cultural, en su seno se había desarrollado toda una tendencia exogámica que, a tono con los aires de la época, buscaba aplicar el psicoanálisis más allá del encuadre tradicional, proyectándose a nuevos espacios de práctica (como los hospitales públicos) y abriéndose a cruces teóricos originales (con la teoría de los grupos, la fenomenología existencial, etc) (Dagfal, 2014, pág.105).

Aunque el representante más ilustre de esta corriente exogámica, Enrique Pichon-Riviére, nunca haya sido docente en las carreras de psicología, sus enseñanzas llegaron a los claustros por una doble vía. En primer lugar, con el transcurso de los años, ese psiquiatra de origen francés se transformó en una figura cuasi mítica, de modo que sus teorías y experiencias innovadoras pasaron a formar parte del patrimonio colectivo de toda una generación de psiquiatras, psicólogos y psicoanalistas. En segundo lugar, sus discípulos más destacados (José Bleger, Fernando Ulloa, David Liberman, Edgardo Rolla, etc.) sí llegaron a ser profesores en las carreras de Buenos Aires, Rosario y La Plata, donde tuvieron una recepción favorable de parte de los estudiantes. Pichon-Riviére abogaba por un nuevo paradigma psicosocial, que en el plano teórico combinaba de manera heterogénea una concepción del inconsciente extraída de la llamada escuela inglesa (Melanie Klein pero también Wilfred Bion) y la articulaba con una definición de la conducta tomada de la psicología francesa (de Janet a Lagache pasando por el primer Politzer). Al mismo tiempo, no olvidaba la experiencia vivida de la fenomenología existencial, la psicología social elaborada en Estados Unidos, ni dejaba de dotarse de un cierto barniz humanista, propio de los escritos del joven Marx. El resultado era una mezcla ecléctica, que a nivel profesional se traducían en la definición del psicólogo como agente de cambio, lo cual estaba en sintonía con las demandas de compromiso social que venían del estudiantado.

De allí que los discípulos de Pichon-Riviére, a pesar de su juventud, hayan sido tan bien recibidos en las nuevas carreras (pág.106).

Por otra parte, no puede ignorarse que, a nivel internacional, el psicoanálisis fue un ingrediente fundamental del fenómeno que ha dado en llamarse los años 60. En efecto, en la Argentina, más allá de la asociación oficial y del ámbito académico, el psicoanálisis ya tenía una implantación en la cultura que, desde los años 1920, venía dándose por diversas vías y que a fines de los 1950 iba a acelerarse y multiplicarse de manera exponencial (Plotkin, 2003, pág.10). La expansión de las clases medias iba a ser acompañada por una gran difusión de las ideas freudianas, que pasaron a formar parte de los nuevos consumos culturales. Al mismo tiempo, la renovación de la psiquiatría que había traído aparejada la segunda posguerra incluía el psicoanálisis como uno de los discursos fundantes del campo de la salud mental. El concepto de salud mental venía en reemplazo del término higiene mental, considerado obsoleto. La salud mental implicaba un enfoque que vinculaba a la psiquiatría con la medicina general e incluía otras disciplinas, como la Psicología y la Sociología. Ese enfoque promovía la inclusión de los aportes de escuelas y disciplinas diferentes (Balán, 1991, pág.153). De este modo, las prácticas inspiradas en la obra del maestro vienés hacían su ingreso en el dispositivo de salud pública, llegando incluso a los sectores menos pudientes (Dagfal, 2014. pág.106).

Por último, para entender el auge del psicoanálisis en las carreras de Psicología, el rol desempeñado por los primeros alumnos no puede soslayarse. Menos aún si se considera que, en esa época, la universidad pública había vuelto a regirse por los principios reformistas, que implicaban el gobierno tripartito de docentes, graduados y estudiantes. En cierto modo, ante una oferta curricular muy heterogénea, ellos funcionaron como un filtro, reteniendo los profesores que más los atraían y contribuyendo a expulsar a aquellos que no contaban con su simpatía, además de tejer alianzas para la designación de autoridades afines.

El clima de participación y la vocación de cambio eran denominadores comunes. Los estudiantes avanzados ya no querían limitarse al dominio educativo o a la aplicación de test, que contemplaban roles más o menos clásicos, sino que buscaban incursionar en territorios inexplorados. En el dominio de la clínica, por ejemplo, consideraban poder asumir tareas más arriesgadas y de mayor reputación, como aquellas ligadas a la cura, que generalmente se atribuían en exclusividad a los médicos. Sobre todo considerando que ya habían establecido relaciones transferenciales con sus analistas (médicos en su gran mayoría), participaban en grupos de estudio privados con miembros de la APA y realizaban sus prácticas en instituciones clínicas, como el Servicio de Psicopatología del Hospital Lanús (Dagfal, 2014, pág.108). De este modo, comenzaban a entender qué era atender a un paciente, supervisar un caso y trabajar en equipo. Una vez que esta máquina fue puesta en marcha, parecía muy difícil detenerla con discursos normativos sobre la verdadera función del psicólogo, en relación a su presunta falta de competencias en el campo clínico o sobre obstáculos legales que le impedían el ejercicio de las psicoterapias. El mercado para el

psicoanálisis parecía haberse ampliado de manera inexorable, bastante más allá del control de la asociación analítica. Aunque los miembros de la asociación oficial también se hubieran beneficiado con esta expansión, recibiendo numerosos pacientes y nuevas demandas de supervisión y formación, la APA, en su conjunto, como institución, fue muy reticente a aceptar a los psicólogos como miembros hasta entrados los años 80.

De este modo, en el seno de las carreras, esos estudiantes que habían funcionado como filtros para dejar pasar un cierto psicoanálisis y excluir otras tendencias teóricas, rápidamente tuvieron que confrontar con las consecuencias concretas del hecho de no ser médicos. En todo caso, eso reafirmaba sus lazos con un psicoanálisis fuera de las normas, descentrado del circuito oficial.

En resumen, podría decirse que, luego de la creación de las carreras de Psicología, en la consideración de los estudiantes, los proyectos científicos y profesionales (bastante difusos) del grupo fundador, fueron ligeramente desplazados por una concepción psicosocial heterogénea y novedosa. En ese proyecto alternativo, el psicólogo ya no aparecía como un científico riguroso, sino como un intelectual comprometido con el cambio social. Al mismo tiempo, el psicoanálisis se transformaba en la matriz teórica privilegiada, toda vez que podía articularse en diferentes planos con todo tipo de experiencias y de concepciones innovadoras.

Como era de esperar, los debates más acalorados sobre el rol del psicólogo no se dieron en el momento de la creación de las carreras, si no cuando los primeros estudiantes empezaban a obtener su título habilitante. Los médicos psiquiatras se percataron entonces de que la aparición de esta nueva figura profesional implicaba un riesgo inminente para el mantenimiento del monopolio médico en el dominio de las psicoterapias. En efecto, los médicos en general y los psiquiatras en particular habían sido los únicos profesionales legalmente habilitados para tratar las enfermedades del espíritu. Pero la aparición de psicólogos que aspiraban a competencias clínicas amenazaba alterar ese statu quo. Por eso no es extraño que la mayor parte de las disputas haya girado en torno del tema de la cura por la palabra.

A partir del año 1959 comenzaba el inicio de las hostilidades en el campo académico de la Psicología argentina, tanto por parte del Colegio de Médicos de la provincia de Buenos Aires, como de los representantes de la psiquiatría tradicional, encargados de exponer la posición oficial. Este sector había adquirido cierto poder dentro de las instituciones de salud mental en el año 1958, que hasta entonces habían estado en manos de psiquiatras reformistas.

En realidad, lo que estaba en discusión no era solamente “quien está preparado para curar”, sino también, como trasfondo, “cómo se curan las enfermedades mentales” (Dagfal, 2014, pág.110), sabiendo que las opciones disponibles no eran complementarias sino excluyentes. Si los profesionales que no eran médicos solo se apoyaban en la palabra como

instrumento de curación, de ello se deducía que, necesariamente, tenían una concepción de la enfermedad que contradecía la de la medicina orgánica. Eso era lo que se discutía cuando se planteaba el problema de los títulos necesarios para el ejercicio de las psicoterapias. Si se admitía que estas últimas no eran apenas un complemento de las terapias bioquímicas y orgánicas, y que obedecían a una lógica distinta de las de las ciencias naturales, ello implicaba el derrumbe de todo el edificio teórico de la psiquiatría contemporánea o la aceptación de que ésta no pertenecía al orden de la medicina científica. Ambas posibilidades resultaban inadmisibles, por lo cual, para los psiquiatras, era crucial reafirmar el carácter subsidiario del trabajo psicoterapéutico de los no médicos. No obstante, no iban a estar solo en esta empresa, en la medida en que los profesores de Psicología que consideraban que esa disciplina era una ciencia natural (en su mayoría médicos) iban a sostener posiciones similares. Ese era el caso, por ejemplo, de Marcos Victoria, el primer director de la carrera de psicología de la Universidad de Buenos Aires. Con matices, sus ideas eran compartidas por muchos de los otros fundadores, que también se oponían al ejercicio autónomo de las psicoterapias por parte de los psicólogos. En ese contexto, es más fácil de entender a qué se refiere Dagfal cuando habla de la identidad reactiva por parte de estos nuevos profesionales, que se sentían triplemente rechazados. En primer lugar, sus propios profesores les negaban competencia en un área en la cual ellos juzgaban que tenían mejor formación que la mayoría de los médicos. En segundo lugar, los psicoanalistas les negaban el acceso a la asociación oficial, aunque fueran analistas oficiales quienes los habían analizado y formado en las ideas freudianas. En tercer lugar, los psiquiatras querían relegarlos a un rol subalterno, amenazándolos incluso en el plano legal.

El autor concluye en que, en gran medida, la identidad de los psicólogos se fue conformando como reacción ante estos roles menores (auxiliar de la psiquiatría, testista, psicotécnico) que les eran impuestos por figuras de mucho peso. Cuanto más se les negaba el reconocimiento en sus competencias en el campo de la clínica, más se aferraban al ejercicio de las psicoterapias desde una perspectiva psicoanalítica.

Por último, Dagfal hace referencia a algunas de las figuras del campo psi que se esgrimieron como referentes, como soportes para una identidad proactiva. El más importante, probablemente, haya sido José Bleger. Siguiendo a Pichon-Rivière, este psiquiatra-psicoanalista, miembro del Partido Comunista, combinaba el atractivo de las ideas freudianas con los imperativos de cambio social. Por un lado, enseñaba los fundamentos de una Psicología de la conducta de Daniel Lagache con el militantismo de Georges Politzer. Por el otro, llevaba a los estudiantes a las villas miserias, para mostrarles los rudimentos de una Psicología preventiva que por entonces se denominaba psicohigiene.

Pensaba que el psicólogo era el profesional mejor preparado para la actividad psicoterapéutica, pero al mismo tiempo creía que “la carrera de Psicología tendría que ser considerada un fracaso desde el punto de vista social si los psicólogos quedan exclusivamente y en su gran proporción limitados a la terapéutica individual” (pág.111).

Otro referente de esos primeros psicólogos (de Rosario y Buenos Aires), fue Jaime Berenstein. Encarnaba una de las raras líneas de continuidad entre la Psicología aplicada desarrollada durante el peronismo y la nueva Psicología clínica de filiación psicoanalítica. Berenstein había pasado de una orientación profesional ligada al trabajo y a la educación a una concepción clínica más integral, donde las técnicas proyectivas y su interpretación analítica ocupaban un lugar privilegiado.

Sea como fuere, ya sea que se hablara de psicología clínica, psicohigiene o psicoanálisis, tanto Bleger como Berenstein, entre otros jóvenes profesores, parecían dispuestos a seguir el programa esbozado por Foucault en 1957, que implicaba una “renovación radical de la Psicología como ciencia del hombre” (Dagfal, 2014, pág.112). En esta empresa, en una jurisdicción profesional disputada, contarían con la ayuda de psiquiatras reformistas y de psicoanalistas exogámicos. Todos ellos, a su vez, suscitarán la adhesión masiva de los estudiantes, quienes rechazaban los roles profesionales prescriptos por los fundadores más científicistas, los psiquiatras organicistas y los psicoanalistas considerados ortodoxos. De esta manera, hace más de medio siglo, nacía en la Argentina la figura del psicólogo-psicoanalista, cuya existencia marca el panorama de la disciplina hasta la actualidad.

b- Debates intelectuales y profesionales de los años 60 y 70:

- **Relaciones entre la psicología y el psicoanálisis**

Como se explicó en el apartado anterior, a partir de la creación de carreras de Psicología, en la década de 1960 comenzaron a graduarse profesionales universitarios con título de psicólogo o de licenciado en psicología según las distintas universidades, cuyas tareas y campos de trabajo estaban todavía por construirse (Klappenbach, 2000, s/p). Un rasgo central de este período, entonces, fue la aparición de la psicología como profesión, dentro de la cual comenzó un intenso debate en torno al rol del psicólogo.

En ese contexto y pasada más de una década desde el establecimiento académico de las carreras de psicología, este nuevo grupo profesional, que luchaba por la apropiación de un lugar específico en la distribución de los saberes, debía afirmar la eficacia de sus prácticas, que se habían visto conmovidas por la sanción de la Ley N° 17.132 que encuadró la tarea de los psicólogos en la categoría de auxiliares de la psiquiatría.

En tanto, las relaciones entre psicología y psicoanálisis giraban en torno a controversias que aludían a aspectos como las competencias profesionales y el ámbito de intervención

propios de unos y de otros, así como también a las modalidades privilegiadas de lectura de la obra de Freud.

Se enfrentaban, en ese terreno, una lectura inglesa del psicoanálisis, inscrita en el campo desde la creación de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) en 1942 y una lectura francesa. Esta última permitía avanzar en una dimensión teórica: el descentramiento del sujeto moderno y la crítica a todo idealismo de la conciencia o del Yo, para articularlo con el concepto de formaciones ideológicas basadas en la estructura de desconocimiento del Yo. Para esta corriente, Lacan representaba una alternativa que cuestionaba la existencia de un revisionismo psicoanalítico, tras la caída en la ideología producto del hundimiento del psicoanálisis en el biologismo, psicologismo y el sociologismo. Desde esta perspectiva, se proponía una revisión de la disciplina freudiana a través de una crítica ideológica y de una elucidación epistemológica (Althusser, 1964, pág.26).

La lectura inglesa, por su parte, se encontraba dentro del programa de enseñanza que fijaba con precisión la forma de admisión y el contenido sustancial de la formación psicoanalítica de la APA. Esta entidad, desde sus inicios, mostraba un fuerte acatamiento ante la autoridad externa, la International Psychoanalytical Association (IPA), que tenía su sede en Londres. Esto permitió que la obra de Melanie Klein fuera vertida al castellano por editoriales argentinas durante esos años (década del 1940) y que varios miembros prominentes del ala Kleiniana de la asociación londinense visitaran a la Argentina a partir de 1956, donde entre los representantes kleinianos más destacados se encontraba Hanna Segal. Esto generó que en esos años se asentara aún más la influencia kleiniana en la asociación porteña. Desde el punto de vista teórico, la obra de Melanie Klein servía para sistematizar la producción freudiana de varias décadas dentro de un esquema mucho más rígido y coherente (Balán, 1991, pág.190).

Esta visión era criticada por obscurecer la obra freudiana y rescatar solo la última parte de su producción. Se trataba, pues, de la enseñanza de un Freud simplificado desde la lectura de Melanie Klein (Carpintero y Vainer, 2004, pág.352).

Quizás una de las diferencias más profundas entre ambas lecturas versaba en cómo concebían al inconciente. Desde la lectura inglesa, a través de los postulados de Melanie Klein, se lo entendía a partir de una perspectiva endogenista de la propuesta freudiana como existente desde los orígenes, junto con las demás instancias del aparato psíquico. En cambio, para la corriente francesa, partiendo de la lectura de Lacan, el inconciente no existía desde los orígenes, sino que era definido por su posicionamiento en relación a la barrera de la represión. Así, se leía que las producciones sintomales se determinaban por la relación existente entre los sistemas psíquicos. Desde este enfoque, se rompía con la idea una vida inconciente y otra conciente y se afirmaba que el inconciente no está ni se ubica en ningún lado, si no que se produce y se establece por fundación.

Sobre ese contexto, signado por las disidencias que se esgrimían en torno a la interpretación de la obra de Freud, Marcela Borinsky (1998) se ocupa de analizar las discusiones entre Danis y Harari: dos egresados de la Carrera de Psicología de la Universidad de Buenos Aires y participantes de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires, en la Revista Argentina de Psicología (RAP).

La RAP se presentó en sociedad en 1969 y pertenecía a la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires. Fue la primera revista escrita, producida y dirigida por psicólogos, con el objetivo explícito de “reflejar las contradicciones del grupo profesional que las publicaba” (Revista Argentina de Psicología, 1969, p.7). Así, “la contradicción se afirmaba como un valor sumamente positivo (...): primera definición de un grupo que reconoce su unidad en la diversidad y en la polémica” (Borinsky, 1998, s/p).

Las publicaciones de la RAP resultan relevantes para identificar las características que asumió el proceso de profesionalización de la psicología en la Argentina y en especial en Buenos Aires, por cuanto permite observar cómo los actores centrales de esta nueva profesión visualizaban el proceso del cual eran protagonistas.

En ese marco, el planteo de Juana Danis (1969), una de las primeras egresadas de la Carrera de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, partía de la constatación de un conjunto de conocimientos comunes al psicólogo y al psicoanalista pero distinguía entre ambas profesiones dos espacios diferentes de acción:

“El psicólogo, en sus diversos campos de trabajo, con sus diversos métodos y técnicas, tiene entre su bagaje instrumental los conocimientos psicoanalíticos, para ser aplicados y conocidos por todos”. En el reparto de espacios para el psicoanalista queda el ámbito privado mientras que para el psicólogo se abre el ámbito de lo público en su conjunto. Se consideraba al psicólogo desde su inserción social como “partero de los cambios de la comunidad en la que vive”. (1969, p.81)

Como se puede advertir, Danis planteaba la necesidad de una diferenciación entre el rol del psicólogo y del psicoanalista, proponiendo para el psicólogo un rol centrado en la higiene mental, en la profilaxis. Desde tal función, al psicólogo le correspondería “asistir en los momentos de cambio”, aun cuando no le compitiera promoverlos (Revista Argentina de Psicología, 1969, pág.79). En todo caso, aún cuando el psicólogo pudiera disponer de recursos provenientes del psicoanálisis, “trabaja en la trinchera de afuera, su ángulo de trabajo lo acerca a los del sociólogo, a los del antropólogo y tiene que descubrir lo suyo a la par de verificar en la vida de todos los días lo que otros descubren en la semioscuridad del hombre abierto a sus secretos” (Revista Argentina de Psicología, 1969, pág.82).

La propuesta de los autores que representaban esta posición dentro del debate, “no excluía el reconocimiento y el tratamiento de la patología, al mismo tiempo que la delimitación del

rol profesional no estaba preocupada por la posible superposición con el rol del psicoanalista, sino con la del sociólogo” (Klappenbach, 2000, s/p).

Se sostenía el rol del psicólogo como un agente de cambio, proponiendo para él, el modelo de la higiene mental y de la profilaxis. Los psicólogos asumían su nuevo rol de investigadores, de consultores, de terapeutas, de psicopedagogos, etc., en diferentes ámbitos de la comunidad. En el curso de la investigación psicológica un tercer aspecto que no es precisamente ni los síntomas de la enfermedad ni las manifestaciones de lo inconsciente, sino el desarrollo natural del hombre que empieza a perfilarse después de haber visto mejor su deformación: su infancia, las etapas de ella, la adolescencia, la formación de la familia, los momentos críticos de cambio en la vida. Esta tercera rama requería a su vez profundización y atención. Y es según Danis, éste el momento que obliga al psicólogo a dejar su rol de "testista" y a asumir un nuevo rol social distinto al del psicoanalista (Revista Argentina de Psicología, 1969, pág.78).

Por otro lado, Roberto Harari, licenciado en Psicología de la misma universidad y Presidente de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires desde 1969 al 1971, aseguraba que el único objeto que legitima tanto a la psicología como al psicoanálisis es la investigación del inconsciente. En este sentido, afirma que no es posible plantear diferencias entre ambas profesiones, ya que “la investigación del inconsciente es la condición que instaura y autoriza su quehacer (el del psicólogo), que lo valida y legaliza científicamente” (1970, p.152).

Para él, el psicólogo podría trabajar como psicoanalista, en tanto estuviera capacitado, pero podría y debería trabajar sobre todas las situaciones cotidianas en donde conviven y se relacionan seres humanos, esclareciendo los conflictos inconscientes habidos y/o por haber, situaciones éstas que sólo podrían ser indagadas a través de la teoría psicoanalítica. De esto parte la eficacia del psicólogo para abordar y actuar sobre su objeto en distintos campos como la psicopedagogía clínica, orientación vocacional y profesional, grupos operativos, entre otros. Estas constituyen algunas de las posibilidades del análisis que pueden ser tan importantes como su aplicación a la terapia de las neurosis, tal como Sigmund Freud predijo.

Harari insistía en no limitar el psicoanálisis a una profesión, toda vez que, tal como lo planteaba Freud, debía considerarse al mismo tiempo una teoría, una terapéutica y un método de investigación (Klappenbach, 2000, s/p).

De allí que las discusiones entre Danis y Harari se situaban más en el terreno de las teorías que en el de las prácticas. El discurso en juego es diferente y representaba en cada caso las modalidades privilegiadas de lectura de Freud. Sin embargo, resulta importante destacar que en el nivel del ejercicio profesional y del ámbito de intervención propio del psicólogo, las posiciones se acercaban. Con diferentes matices se circunscribe una zona abierta que comprende al ser humano en actividad, ya sea en la fábrica, la escuela, las villas de emergencia, los hospitales y la universidad.

Una de las conclusiones interesantes de aquella primera publicación de la revista, reside en que la discusión por la profesionalización no se dirige a lo concreto de las prácticas y a un debate por las competencias técnicas específicas, sino que asume un estilo claramente ideológico y político. Así, las discusiones se ordenan alrededor de dos núcleos de significación. Por un lado, el psicoanálisis entra en escena como el protagonista central de esta historia. Marco de referencia teórico, ideal profesional, emblema de prestigio, herramienta para entender la sociedad en la que vive. Esto queda evidenciado en la presencia de temas exclusivamente psicoanalíticos en tres de las seis presentaciones de la primera publicación de la RAP: “El principio de constancia en Freud” de Hebe Friedenthal, “Leer a Freud” de Oscar Massotta, “Edipo: un mito estructurante” de Oscar Zentner.

La clínica psicoanalítica se posicionaba con el mejor hándicap para señalar la vía privilegiada de profesionalización de estos jóvenes que buscaban encontrar su lugar en el reparto de los saberes para abordar a la sociedad y a los sujetos en ella insertos.

En cualquier caso, la contradicción entre el rol del psicoanalista y el de agente de cambio no excluía el psicoanálisis para quienes optasen por esta última vía. Al contrario, el propio José Bleger -un prominente didacta de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA)- y Juana Danis, reconocían que el psicólogo podría disponer de conocimientos psicoanalíticos (Klappenbach, 2000, s/p).

El segundo núcleo de significación es la convicción política de que el psicólogo tiene que intervenir en la escena pública para asistir al hombre contemporáneo en sus ámbitos concretos de acción y de malestar cotidiano. La tarea debe desplazarse entonces a las instituciones educativas, laborales, asistenciales, recreativas, gremiales para intervenir directamente sobre los conflictos que allí se despiertan.

A modo de síntesis, se cruzan en esta coyuntura histórica un corpus de conocimiento originalmente ligado al tratamiento de las afecciones psíquicas desde un modelo intersubjetivo basado en la clínica médica privada, con una preocupación insistente por desplazar este sistema asistencial a un terreno más amplio y de límites abiertos.

Por otro lado, Hugo Klappenbach (2000) agrega que si una de las dimensiones del debate acerca del rol estaba centrada en la polémica psicoanalista o agente de cambio, otra dimensión, que por momentos se superponía a la anterior, pero que reconocía aristas propias, versaba sobre el rol como psicólogo clínico o como psicólogo orientado a otras especializaciones, donde también el psicoanálisis ocuparía un lugar destacado. En efecto, en aquella Mesa Redonda en la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires (APBA) sobre “El quehacer del psicólogo en la Argentina de hoy”, algunos consideraban que si en la década del 60 la reivindicación del psicólogo había estado centrada en el derecho a la psicoterapia, en la década del 70, “la lucha será por el derecho a otros campos” (Danis, Bohoslavsky, Malfé, de Ocampo, Berlín y Goldín, 1970, 112).

Si bien este es un tema que no será abordado en el presente trabajo, resulta interesante destacar este hecho dado que refleja cómo el psicoanálisis se hacía presente también en otras de las dimensiones del debate acerca del rol profesional del psicólogo.

Por último, cabe mencionar algunas investigaciones que aluden a la expansión del psicoanálisis en la Argentina en las primeras décadas del siglo XX, en donde analizan el recorrido de los programas de estudio de los cursos de Psicología dictados en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Esto permitirá dar cuenta de que “el psicoanálisis no se introdujo en un vacío al crearse la carrera de psicología, sino que había ya para entonces una tradición de aceptación e incorporación de la disciplina en la Facultad, tradición que se había ido formando desde décadas atrás” (Plotkin, 2003, pág.1).

En Buenos Aires, la cátedra de psicología fue creada en la Facultad de Filosofía y Letras en 1896. A pesar de que la enseñanza de psicología estuvo durante las primeras décadas fuertemente influida por un positivismo poco permeable al psicoanálisis, es posible percibir matices y debates que introducían cierta heterogeneidad en la forma en que la disciplina era abordada. Estos matices generaban espacios donde el psicoanálisis podía tener y tuvo cabida.

El sesgo clínico, evidente en los programas de instrucción del primer curso, en los que los aspectos filosóficos de la materia no estaban totalmente excluidos, dejaba un resquicio para la introducción de la psicoterapia, lo que a su vez funcionó como una de las vías de acceso al psicoanálisis.

La primera vez que Freud apareció explícitamente mencionado en un programa de psicología fue en 1914, dentro del curso de psicología enseñado en la Facultad de Filosofía y Letras. Otro cambio importante en el status del psicoanálisis en los programas de los cursos de psicología se produjo en 1930, donde en la última bolilla se hacía referencia a los vínculos entre psicología y psicoanálisis. Esos datos permiten dar cuenta de que ya el psicoanálisis había cobrado autonomía suficiente respecto de la psicología, como para que los vínculos con ella fueran materia de interés. Esta creciente complejización de la visión del psicoanálisis no era privativa de las cátedras, sino que también a partir de la década de 1920, se puede percibir en la sociedad argentina- y no solo en círculos médicos- un creciente interés por el psicoanálisis.

Hacia 1930 ya había psiquiatras que incluían al psicoanálisis entre los instrumentos de su artillería teórica, visto como una de las vías de modernización.

A finales de la década de 1960, Argentina estaba ya en vías de convertirse en la “Capital Internacional del Psicoanálisis” (Plotkin, 2003, pág.10). En gran medida contribuyó a ello el alto número de egresados de la carrera de psicología de la Universidad de Buenos Aires, a pesar de que oficialmente se insistiera en que el objetivo de la enseñanza de psicología a nivel universitario no era el de formar psicoterapeutas y mucho menos psicoanalistas. Lo

cierto es que muchos de los docentes eran psicoanalistas y que una vasta proporción de sus graduados se orientaban hacia el creciente mercado de la clínica psicológica practicando terapias de fuerte orientación psicoanalítica.

Lo que intenta mostrar Ben Plotkin (2003) es que el ingreso del psicoanálisis en la Facultad de Filosofía y Letras no se dio de manera repentina con la creación de la carrera y la subsecuente incorporación de docentes psicoanalistas, sino que fue la culminación de un largo proceso que se comenzó a gestar en la década de 1920. A partir de entonces, la visión sobre el psicoanálisis se fue transformando y complejizando, en un movimiento que, como se ha explicado aquí, no tiene fin porque en él inciden no sólo las aspiraciones del sector específico al que aludimos, sino también los procesos socio-históricos con sus propias demandas.

- **Política y marxismo, reformismo y revolución.**

Este punto se enmarca en otra de las polémicas planteadas por la Revista Argentina de Psicología (RAP) en su primera publicación, en donde se debatía -entre otras cuestiones-, cómo debía trabajar un psicólogo de izquierda. Esta discusión delimitó un tema clave para entender el pensamiento social en general en este período, y en particular para comprender la inserción de los jóvenes psicólogos en el contexto de politización creciente.

En la transición de los '60 a los '70, los jóvenes graduados en psicología concebían a la disciplina como un campo sólidamente asociado a una voluntad de compromiso social y político. Dentro del universo intelectual se había recortado una fracción definida por la orientación de sus discursos hacia los aspectos sociales y políticos. Entre estos núcleos ideológicos del campo intelectual argentino (entre 1956 y 1966) se formó la nueva izquierda. Las figuras de intelectual comprometido e intelectual orgánico, así como los puentes que entre ambas tejió la realidad, van a visualizarse en una fracción de referentes permeables a los acontecimientos políticos y sociales de la etapa (Terán, 2013, pág.245).

Es justamente el existencialismo de Jean Paul Sartre el que propone una vinculación clara entre teoría y política. La fuerte influencia del pensador francés transcurre en los márgenes de los espacios académicos e institucionales, lo que señala un rasgo clave de la franja intelectual crítica: se constituye en oposición a la filosofía académica, una perspectiva no vinculada a la realidad nacional y a la que se le cuestionaba la carencia de un pensar concreto. En el deseo por una "filosofía comprometida y eficaz en su relación con la política" (p.52), con el acento en la historia y la política reales, es por donde va a introducirse el marxismo. Y el encuentro con la teoría marxista es también un acercamiento a la idea de Revolución, el pasaje del humanismo trágico sartreano hacia otro optimista en las posibilidades objetivas de transformar las estructuras de explotación. Aquí ubica Terán el comienzo del pasaje desde el intelectual comprometido en la lucha contra las desigualdades (que no abandona su tarea intelectual porque ésta es siempre política), hacia otro tan

confiado en la posibilidad revolucionaria como entregado en una relación orgánica con las clases subalternas.

Este “clima mental acorde con los nuevos tiempos” (p.112) que se visualizaba en diversos frentes de modernización social y cultural, impactó en las universidades y en particular, en las de Buenos Aires, principalmente en las nuevas carreras de Sociología y Psicología, lo que contribuyó a la definición de la modernización porteña.

En dicho contexto, Marcela Borinsky (2000) pretende dar cuenta de las relaciones intelectuales que José Bleger y Oscar Masotta -dos de los protagonistas centrales de la evolución del psicoanálisis en la Argentina- entablaron con el marxismo en general y con Georges Politzer en particular. Si bien ambos encontraron en Politzer un modelo para pensar la relación entre el estudio del inconsciente y las transformaciones sociales a través de la política, sostuvieron concepciones diferentes en torno al psicoanálisis. Este trabajo muestra una paradoja, dado que Politzer se había convertido en un firme opositor a cualquier intento de conciliación entre el psicoanálisis y el marxismo, hecho que tanto Bleger como Masotta eludieron. Por eso el artículo presenta al caso como un ejemplo del malentendido que caracterizó la evolución del psicoanálisis en la Argentina a partir de los años 60.

Tal como señala la autora:

Dos maestros y dos estilos de practicar el psicoanálisis en épocas de vacíos teóricos y de adscripciones políticas de izquierda, pero la confluencia de una misma zona de problemas que comprendía fundamentalmente las relaciones entre marxismo y psicoanálisis. Desde la institución psicoanalítica oficial como Bleger -un defensor acérrimo de la reforma desde adentro- o desde afuera como Masotta (...)- la discusión del dispositivo inaugurado por Freud desde el materialismo dialéctico no deja de estar presente. Ya sea en sus desarrollos teóricos como así también en la definición de una nueva práctica que encontrará una especial adhesión en un público joven de psicólogos y médicos ávidos de propuestas alternativas (Borinsky, 2000, p. 2).

Esta referencia compartida hacia Politzer debe ser comprendida en el marco de una común apelación a un nuevo público interesado en otras lecturas y usos del psicoanálisis, así como también en el intento de articulación de un problema teórico, epistemológico y también político: el de las relaciones entre psicoanálisis y marxismo.

Bleger consideraba al proyecto de Politzer como uno de los aportes más relevantes para la renovación de la psicología contemporánea y la construcción de una psicología concreta. Proyecto que se constituye como tal en la oposición radical y en la desmitificación de la filosofía idealista sobre la cual, según Politzer, se asentó el psicoanálisis freudiano.

Este posicionamiento intentaría rescatar lo real del psicoanálisis a través del recurso a una filosofía concreta como el materialismo dialéctico que permitiera rechazar el mito de la vida

interior y al mismo tiempo definir un nuevo objeto para esta psicología: el drama. Pretendía hacer una revisión del psicoanálisis, porque significaba un momento fundamental y decisivo en el desarrollo de la psicología.

Bleger encuentra entonces en Politzer un psicoanálisis con un objeto concreto de estudio: la dramática, que permitiría fundar un nuevo abordaje de la disciplina, aunque se encarga de aclarar que el uso que hace de ese término no se atenía al sentido que tuvo para Politzer. Para él, la dramática es “en última instancia, la descripción, comprensión y explicación de la conducta en función de la vida del paciente, en función de su conducta” (p.113); y agrega que:

Politzer fue el único en el campo del marxismo que pudo enseñarnos el camino de la psicología a algunos de los que hace veinte o veinticinco años buscábamos orientarnos, saber y reconocer qué era la psicología, sus objetivos, fines, problemas y caminos. (...). Sigo creyendo que Politzer -a través de sus escritos- puede seguir enseñando hoy mucho a todos: que la psicología está en la vida cotidiana, en los seres humanos de carne y hueso” (p.35).

El autor de *El psicólogo clínico y la higiene mental* sostenía la posición del psicólogo como agente de cambio. En efecto, había definido el rol del psicólogo de diferentes maneras, pero todas ellas orientadas en una misma dirección: “El psicólogo es un especialista en tensiones de la relación o comunicación humana” (Bleger, 1966, pág.39). En definitiva, lo describía como un agente de cambio y un catalizador o depositario de conflictos.

Esta concepción del psicólogo como agente de cambio, que se inscribía en el clima de ideas que promovieron la constitución de una nueva izquierda, que -a partir del contexto internacional generado por la revolución cubana y de una pronta decepción con la figura de Arturo Frondizi-, encontraría, sobre todo a partir de 1966, formas de compromiso y militancia crecientemente radicalizadas.

En tales condiciones, desde esta postura se planteaba en primer lugar, que el “objetivo del psicólogo como trabajador social es contribuir a modificar el régimen de convivencia entre los seres humanos, régimen que actualmente consideramos enfermante” (Klappenbach, 2000, s/p). A tal propósito, no sólo se enfatizaba en que el psicólogo debía asumir una “postura crítica ante el sistema social”, sino que se señalaban dos niveles de compromiso del psicólogo imprescindibles para el “cambio social”: El de un quehacer revolucionario concreto a través de la militancia política, y el de una “actividad revolucionaria en la ciencia psicológica misma, por medio de una revisión crítica de teorías, técnicas y formación del psicólogo como tal” (Klappenbach, 2000, s/p).

En ese contexto, la invocación al cambio era resultado de un pensamiento que el propio Bleger había planteado tempranamente, y que si bien podía fundamentarse en principios

marxistas, en modo alguno excluía al psicoanálisis, aunque fuera sumamente crítico de determinadas instituciones psicoanalíticas.

El debate sobre las posibilidades transformadoras del psicoanálisis sería una constante entre los psicoanalistas de izquierda desde finales de los 60, si bien este interés por un psicoanálisis comprometido con el movimiento revolucionario no era nuevo.

A su vez, el texto de Borinsky menciona a un grupo de intelectuales que llegó desde la misma zona de problemas a elaboraciones teóricas radicalmente diferentes. Es en este mismo movimiento donde se darán las condiciones necesarias para la primera recepción del pensamiento lacaniano en la Argentina. Se trata de Louis Althusser y la propuesta de leer a Freud y a Marx a través de Lacan desde la lectura sintomal, al decir de Althusser, propuesta por Lacan, así como también las referencias a Politzer en el psicoanálisis francés.

Así, a comienzos de la década del 60, Althusser con un grupo de jóvenes alumnos suyos, inicia una lectura de Lacan desde una perspectiva filosófica que le permite abordar los textos freudianos por fuera de las instituciones psicoanalíticas y de la práctica clínica. Althusser inauguró un proyecto de renovación del pensamiento marxista, en el marco de la crítica a la fenomenología y la construcción del campo estructuralista, y eligió a Lacan como referente para legitimar sus desarrollos antihumanistas, convocando a Freud junto a Marx.

Lacan le permite avanzar en una dimensión teórica: el descentramiento del sujeto moderno y la crítica a todo idealismo de la conciencia o del Yo, para articularlo con el concepto de formaciones ideológicas basadas en la estructura de desconocimiento del Yo. Para Althusser, Lacan representaba una alternativa que cuestionaba la existencia de un revisionismo psicoanalítico, tras la caída en la ideología producto del hundimiento del psicoanálisis en el biologismo, psicologismo y el sociologismo. Frente a esto proponía una revisión de la disciplina freudiana a través de una crítica ideológica y de una elucidación epistemológica (Althusser, 1964, pág.26).

Por lo tanto, Althusser se propone retomar, con otras herramientas teóricas, la tarea que señaló y no finalizó Politzer, quien planteaba una lectura diferente del psicoanálisis, liberadora y antidogmática al mismo tiempo que proponía una introducción esclarecedora al problema del inconsciente.

Esta ubicación destacada que ocupaba el autor de la Crítica de los fundamentos de la psicología, se debía a la función que cumplió su obra, considerada una verdadera introducción al psicoanálisis en Francia para toda una generación y que tenía un valor liberador y antidogmático para la época. (Borinsky, 2000, s/p).

En tanto, en Buenos Aires en el año 1964, para Oscar Masotta, Lacan se convertía en la figura que le brindaba algunas respuestas y que le posibilitaba otro encuentro entre el psicoanálisis y el marxismo a partir de los obstáculos que aparecían en la fenomenología y en el existencialismo sartreano. Nuevamente fue Politzer el buscado para realizar este

entrecruzamiento de discursos característicos de la producción intelectual de aquella época. Era en un contexto en donde las estructuras podrían actuar como respuesta para el problema aún no resuelto de las relaciones entre el marxismo y psicoanálisis.

En esta búsqueda de puentes teóricos pero fundamentalmente ideológicos, Politzer ocupaba un lugar privilegiado. De esta manera, la propuesta lacaniana de la opacidad radical del sujeto para el psicoanálisis, en expresa oposición a todo idealismo de la conciencia o del Yo, así como a las terapias que planteaban sus principios en un fortalecimiento del Yo, era presentada en estrecha relación con la crítica politzeriana a la reificación del inconciente, elaborada en 1927.

Masotta cita los argumentos de Serge Leclaire y Jean Laplanche en el Coloquio de Bonneval para demostrar cómo Lacan, a través de sus desarrollos en la dimensión lingüística, pudo definir con mayor precisión la noción de drama esbozada por Politzer, a partir de la introducción de la problemática de la intersubjetividad y el deseo.

En marzo de 1964 habló por primera vez en público sobre psicoanálisis en la Escuela de Psiquiatría Social de Pichón Riviere, donde tituló su intervención: "Jacques Lacan o el inconsciente en los fundamentos de la filosofía". Sobre esta cuestión se destacan dos hechos. El primero es que Lacan entra por fuera del psicoanálisis oficial a través de Masotta, encontrando un lugar indicado para iniciarse, tal como lo era la Institución de Pichón. El segundo hecho fue que dicha conferencia se publicó en el año 1965 en la revista Pasado y Presente de Córdoba, creada por un grupo de intelectuales que habían roto con el Partido Comunista para iniciar las bases teóricas de una nueva izquierda. Es decir, dicha conferencia no fue publicada por una revista psicoanalítica sino por una de izquierda. (Carpintero y Vainer, 2004, pág.356)

El trabajo de Borinsky concluye en que a pesar de las diferencias entre ambos, tanto Bleger como Masotta funcionaron como líderes indiscutibles de sucesivos movimientos de transformación del psicoanálisis argentino, al tiempo que ocuparon un lugar de privilegio como maestros de nuevas generaciones que se acercaron al psicoanálisis buscando algo más que una técnica psicoterapéutica (Borinsky, 2000, s/p).

Politzer ilustra de forma clara las ilusiones y los malos entendidos que conmovieron a una parte importante de la intelectualidad psicoanalítica en torno al vínculo de ésta con los movimientos de izquierda, el pensamiento progresista y el marxismo. En Argentina, había antecedentes de algunas iniciativas en ese sentido. Un ejemplo de ello fue la actividad del grupo de psiquiatras progresistas que llegó a publicar, en la década del 30, la Revista Psicoterapia dirigida por Gregorio Bergmann, pero que no tuvo continuidad. El inicio de las investigaciones de Bleger a comienzos de los 50, sentaría las bases para una nueva discusión del tema con una orientación diferente.

Comprender este movimiento de expansión del psicoanálisis argentino en los 60, no puede hacerse remitiéndose sólo al campo específico. Es preciso pensarlo en el seno de las

problemáticas del quehacer profesional de los psicólogos, psiquiatras y psicoanalistas que se definía también (y al mismo tiempo), en las definiciones políticas y en los compromisos ideológicos asumidos, tal como se mostró en la alusión a los dos líderes de movimientos de refundación teórica del psicoanálisis local.

Luego de este breve recorrido en donde se pretendió describir el clima político, social y cultural de la década de los 60 y su incidencia en la definición del rol del psicólogo de la época, se pueden entender cuáles fueron los motivos que permitieron el vínculo entre estas dos disciplinas: el materialismo histórico y el psicoanálisis.

Ambas teorías aportaron conocimientos que no fueron neutrales en el desarrollo de la historia. Pusieron en cuestión a los sectores dominantes de la época, desenmascarando la opresión social y la sujeción individual, que iba en línea con las ideas de revolución, de revisión crítica de teorías, técnicas y formación profesional, promoviendo la apertura de posibilidades objetivas de transformar las estructuras de explotación imperantes.

Tal como lo explican los autores Néstor Braunstein, Marcelo Pasternac, Gloria Benedito, Frida Saal (1975):

(...) Un análisis epistemológico riguroso permitió la concreción de una confluencia teórica al advertirse que el psicoanálisis, ciencia del proceso de sujeción, es la disciplina que da cuenta de la reproducción de las relaciones de producción en los sujetos que se incorporan a la instancia ideológica de los modos de producción analizados por el materialismo histórico desde Marx en adelante (pág.17)

El psicoanálisis, a través de Freud, permitió comprender que los hombres no son entidades autónomas, dueñas de sus pensamientos y de sus conductas, sino que están determinados por una estructura invisible (el aparato psíquico) armada durante los primeros años de la vida y que permite e impone la adecuación a los lugares asignados en los procesos sociales a través de mecanismos inconscientes.

Por su parte Karl Marx, produjo los conceptos que permitieron dar cuenta de la historia y de la organización de las formaciones sociales. Señaló que las sociedades humanas podían ser comprendidas, en un principio y de modo aún imperfecto, por comparación con un edificio. Este tendría como infraestructura, base o cimiento la producción de bienes materiales, caracterizado por un cierto tipo de relación entre los agentes de la producción, dominados y dominadores (capitalistas y asalariados), base que integra la instancia económica. Sobre ella se levantan dos instancias superestructurales: la instancia jurídico-política cuya función dominante es la de regular los procesos manteniendo las relaciones de producción vigentes, y la instancia ideológica a través de la cual cada uno de los integrantes de la sociedad se incluye en el conjunto, ocupa el lugar que le está asignado en el proceso y se representa de modo deformado e ilusorio su participación en el mismo.

Por lo tanto, demostraba que no se trataba de una apariencia de sociedad formada por individuos libres que se agrupan según su voluntad, sino que era producto del proceso de producción y de distribución de los bienes materiales. En ese proceso los sujetos que intervienen no son libres sino que ocupan lugares desiguales y en todas las sociedades que han existido pueden reconocerse la presencia de amos y esclavos.

La teoría psicoanalítica justamente propone un subversivo descentramiento respecto de las evidencias y de los pensamientos formulados por la psicología académica. Ya que el yo del lenguaje coloquial es el paradigma de una representación ideológica: es el reconocimiento que el sujeto hace de sí mismo. Además, es desconocimiento de que el tal yo está sometido, por un lado, a las exigencias del mundo exterior y por otro, a las demandas de las pulsiones que deben ser constantemente reprimidas y que son heterogéneas a ese yo y finalmente, a las secuelas que bajo la forma de interiorización de la Ley han quedado del primitivo proceso de dominación.

Es por esto que el concepto de Superyó (Überich) es el que permite profundizar en esta articulación teórica. El Superyó sería una de las instancias psíquicas que compone al aparato psíquico, junto con el Yo y el Ello, hallazgo de Freud de los años 1920. El prefijo alemán über se refiere a una localización espacial: über es lo que está sobre, encima de... Y eso que está encima del Yo no es algo interior, sino un segmento de la realidad exterior del niño que posteriormente fue interiorizada bajo los efectos de una terrible amenaza. Es el resultado de la incorporación por parte de cada sujeto de las imágenes de sus padres y de todas las personas que han ejercido autoridad sobre él, con todo el conjunto de restricciones y prohibiciones que ellos impusieron merced a una amenaza, realmente proferida o fantaseada por el sujeto: la amenaza y el complejo de castración. A su vez, estas restricciones impuestas primero por los padres son la consecuencia de la coerción que se ejerció sobre ellos durante su infancia. De modo que la conciencia moral (una de las funciones de la instancia del Superyó) es la delegada y heredera de prohibiciones culturales que vienen de antiguo y que cada sujeto humano incorpora en su proceso de formación. Afuera y desde antes del nacimiento está el gigantesco edificio de la Ley. Cada nuevo invitado al mundo de los hombres debe incorporar, por las buenas o por las malas, una réplica en miniatura de ese monumento y sentirlo como propio. Ese Superyó, desde adentro, vigila al Yo e impide que se transgreda la Ley, que es la autoridad exterior y represiva ejerciendo sus funciones desde dentro de cada sujeto, fiscalizando las conductas y los pensamientos. Una especie de tribunal ético interior (piedra basal de las ideologías morales) quedaba adscripta al Superyó y desenmascarada como heredera de un proceso represivo originado en el exterior.

Esta es, precisamente, la posibilidad transformadora que abre el psicoanálisis cuando postula como su objetivo "hacer consciente lo inconsciente". Tomar conciencia del proceso de sujetación que constituyó a la conciencia con todos sus desconocimientos y reconocimientos ilusorios, abrir nuevas vías de solución a los conflictos interiores que

consumen la energía psíquica (líbido) de cada uno y liberar esa libido para la tarea de transformación de la realidad exterior.

Emerge un nuevo fundamento para la psicología cuando se comprende que la conciencia está determinada desde afuera de ella misma y, en última instancia, desde afuera de la persona, desde un sistema que incorpora a los sujetos humanos y los asimila a sus necesidades a través de una cierta conciencia de las apariencias, de una ideología de sujeto que ignora las determinaciones esenciales que regulan a tal conciencia.

Los autores de Psicología, ideología y ciencia llaman proceso de sujetación a esta incorporación de cada individuo a la instancia ideológica que es indispensable para que pueda operar también en los procesos que transcurren en el terreno económico y en el jurídico-político. Este "proceso de sujetación" lo definen en un doble sentido, de constitución de sujetos y de sujeción, ligadura o atadura de esos sujetos así constituidos al conjunto de la estructura (Braunstein, Pasternac, Benedito, Saal, 1975, pág.16). El dato objetivo de que ese libro se haya reimpresso 8 veces en el lapso de su aparición en 1975, hasta la última edición en 1982, nos permite inferir la fuerte influencia que las ideas de Braunstein, Pasternac, Benedito, Saal tuvieron en ese período.

En síntesis, el materialismo histórico de Marx mostraba la determinación social de los lugares que creíamos ocupar libremente y el psicoanálisis de Freud destruía la ilusión de que nuestra conciencia era el centro de nosotros mismos. De allí que tal vez, este carácter revolucionario, reformista, aportado por ambas disciplinas, haya sido uno de los motivos que incentivó la búsqueda de un modelo para pensar la relación entre el estudio del inconsciente y las transformaciones sociales a través de la política.

- **Introducción del Estructuralismo en la Argentina: La entrada de Lacan mediada por Althusser y Politzer**

El estructuralismo era una nueva corriente intelectual que cuestionaba los conceptos que provenían del existencialismo y del humanismo. Tal como afirma Oscar Terán:

(...) Si algo resalta inmediatamente en el caso argentino es la manera en que aquella introducción se produce, y que tiene todo que ver con la politización de la cultura, con la persistencia de las influencias existencialistas y marxistas y también con la plurivalencia del concepto de estructura (1993, pág.107).

Era de todas maneras el rigor científico que se creía detectar en el estructuralismo lo que sin dudas atraía, en la medida en que protegía a las disciplinas sociales de esa apelación a la intuición.

La corriente estructuralista había comenzado en Francia, aunque su antecedente era el ginebrino Ferdinand De Saussure, fundador de la lingüística moderna, que servía de base al estructuralismo, ya que su modelo lógico era utilizado en otras áreas del saber. Bajo el nombre de estructuralismo se agrupan las ciencias de los signos, de los sistemas de signos en los que un elemento presupone el sistema. La definición de estructura deriva, pues, de la lingüística contemporánea, en la que los sistemas se perfilan por las relaciones lógicas entre los elementos que configuran la estructura. Esta corriente representó un corte epistemológico dentro de las ciencias del hombre, por cuanto significó el paso de una ideología a una ciencia. Lo importante era la búsqueda de un lenguaje científico y la necesidad de una teoría de la ciencia y, en esa línea, todos los estructuralistas buscaban aquellos aspectos de estabilidad que podía brindar un conocimiento científico (Carpintero y Vainer, 2004, pág.347). En ese sentido, Élisabeth Roudinesco refiere que:

(...) El punto de ruptura, subrayaba Foucault, se situó el día en que Lévi-Strauss para las sociedades y Lacan para el inconsciente nos mostraron que el sentido no era probablemente más que un efecto de superficie, un espejo, una espuma, y que lo que nos atravesaba profundamente, lo que estaba antes de nosotros, lo que nos sostenía en el tiempo y el espacio, era el sistema (1993, pág.433).

Este pensamiento trastocaba las ideas y polémicas acerca del compromiso, la voluntad y el hombre dueño de su historia, propias del existencialismo. A finales de la década del 60 aparecieron dos textos del filósofo Althusser, en los cuales aplicaba ciertas categorías estructuralistas a la obra de Marx. Aunque lo fundamental no era la aplicación de estas categorías, sino reconocerlas en la obra del propio autor. Para ello utilizaba en sus escritos conceptos y categorías de otras disciplinas, en especial de la lingüística y el psicoanálisis.

En el momento en que se introducían esas nuevas perspectivas a la corriente del pensamiento científico, en la Argentina se produjo el golpe de Estado de Onganía y la intervención de la universidad. A partir de esta situación comenzó a aparecer una universidad paralela: los grupos de estudio. Estos eran pequeños grupos de 10 a 15 personas que se reunían en la casa, estudio o consultorio de algún especialista para estudiar y llegaron a ser una tradición, una especie de “universidad de las catacumbas” (Viguera,2003, pág.216). La oferta era muy grande: lingüística, marxismo, filosofía, psicoanálisis, epistemología, etc. En estos grupos se podía estudiar lo que no se enseñaba en la facultad, podían adquirir los conocimientos que llegaban directamente de París, que se había convertido en el faro del mundo intelectual y académico a finales de los ´60. Es en esta difusión del estructuralismo y las polémicas entre el psicoanálisis y el marxismo que apareció el psicoanalista francés llamado Jacques Lacan. Su obra comenzó a estudiarse como “la vuelta a Freud”. Es decir, con Lacan se volvía a Freud, y con Althusser se encontraba una nueva relación entre Freud y Marx. Uno de los profesores que permitió esa

articulación fue Raúl Sciarreta quien, desde su enseñanza privada permitió formar una importante cantidad de nuevos psicoanalistas (Carpintero y Vainer, 2004, pág.352).

Muchos analistas de nuestro país realizaron tal recorrido: llegaron a Lacan, de modo inorgánico y asistemático, vía Althusser y guiados por las puntuaciones de un no analista: Raúl Sciarreta. Sin embargo, fue Oscar Massotta quien introdujo la obra de Lacan en la Argentina y quien fundó la primera escuela lacaniana del mundo (pág.364).

Althusser se había interesado en la relación entre la ideología (o las formaciones ideológicas concretas) y el inconciente, articulación que hasta el momento era un problema sin solución. Es en este tema en el que ahonda al publicar el artículo "Freud y Lacan" en la revista *La Nouvelle Critique*, un lugar políticamente central para un intelectual comunista. En el Partido Comunista el psicoanálisis seguía siendo en aquel momento objeto de una enorme desconfianza y sobre todo de una profunda ignorancia. Esta publicación fue objetivamente una intervención filosófica en el Partido Comunista francés, para hacerle reconocer la científicidad del psicoanálisis, la obra de Freud y el interés de la interpretación de Lacan (Althusser, 1964, pág.48).

En el año 1948, los marxistas franceses habían denunciado la explotación ideológica de la que fue objeto y víctima el psicoanálisis: una "ideología reaccionaria", que servía de argumento en la lucha ideológica contra el marxismo y de medio práctico de intimidación y de mistificación de las conciencias (Althusser, 1964, pág.25). Pero para el filósofo francés, estos mismos marxistas habían sido las primeras víctimas de la ideologías que denunciaban, puesto que la confundieron con el descubrimiento revolucionario de Freud, con lo que aceptaron las posiciones del adversario, padeciendo sus propias condiciones y reconociendo la imagen que les imponía la pretendida realidad del psicoanálisis. Por ende, para Althusser, toda la historia pasada de las relaciones entre el marxismo y el psicoanálisis descansaba, esencialmente, en esa confusión y en esa impostura.

Esto lo entendía, en parte, por la existencia del revisionismo psicoanalítico que hizo posible esta explotación: en efecto, la caída en la ideología se inició por el hundimiento del psicoanálisis en el biologismo, el psicologismo y el sociologismo.

Althusser creía que los marxistas, que conocían por experiencia las deformaciones que fueron impuestas por los adversarios al pensamiento de Marx, podrían comprender que Freud hubiera experimentado a su manera el mismo destino, y desde allí rescataba la importancia teórica de un auténtico "retorno a Freud" (1964, pág.27).

Por eso propone un trabajo de crítica ideológica y de elucidación epistemológica que había sido inaugurado prácticamente en Francia por Lacan. Este vio y comprendió la ruptura liberadora de Freud (el rechazo del mito *homus psychologicus*), lo comprendió en el sentido pleno del término, tomándole la palabra de su rigor y obligándola a producir, sin tregua ni concesiones, sus propias consecuencias. Lo toma al pie de la letra, vuelve a Freud para

buscar, discernir y delimitar en él la teoría de la que procede, por derecho, todo lo demás, tanto técnica como práctica.

Es en este punto entonces donde interviene Lacan para defender, contra estas “reducciones” y desviaciones que dominaban en aquel entonces gran parte de las interpretaciones teóricas del análisis, su irreductibilidad, que no es más que la irreductibilidad de su objeto (Althusser, 1964, pág.33). Su objetivo era discernir su sentido y su alcance objetivos y reconocer su propósito fundamental: dar al descubrimiento de Freud conceptos teóricos a su medida, definiendo, tan rigurosamente como fuera posible, el inconsciente y sus “leyes”, que constituían la totalidad de su objeto. “Basta, para ello, reconocer que Lacan confiere por fin al pensamiento de Freud los conceptos científicos que exige, y que se los confiere definiendo al mismo tiempo su objeto y las leyes de este objeto” (pág.35).

Lacan no dudaba de que sin el surgimiento de una nueva ciencia, como la lingüística, su tentativa de teorización hubiese sido imposible. Freud ya había dicho que todo dependía del lenguaje; Lacan precisa: “El discurso del inconsciente está estructurado como un lenguaje”. En su primera gran obra, La interpretación de los sueños, Freud había estudiado sus “mecanismos” o “leyes”, reduciendo sus variantes a dos: el desplazamiento y la condensación. Lacan reconoció en ello dos figuras esenciales designadas por la lingüística: la metonimia y la metáfora. De esta manera, el lapsus, el acto fallido y el síntoma, se volvían, como los elementos del sueño mismo, significantes, inscritos en la cadena de un discurso inconsciente, aumentando en silencio, en el desconocimiento de la “inhibición”, la cadena del discurso verbal del sujeto humano. Así, éramos introducidos a la paradoja, formalmente familiar a la lingüística, de un discurso doble y sencillo, inconsciente y verbal, que no tiene como doble campo más que un campo único sin ningún más allá que en sí mismo: el campo de la “cadena signifiante”. De ese modo, los aportes más importantes de De Saussure y de la lingüística originada por él entraban por propio derecho a la inteligencia del proceso (pág. 38).

La dimensión de Lacan que creía más original de la obra era la de su descubrimiento. Mostró que la transición de la existencia biológica a la existencia humana se llevaba a cabo bajo la Ley del Orden, que Althusser llama Ley de la Cultura. El punto capital que esclareció fue el de reconocer que los dos grandes momentos de dicha transición, el momento de lo imaginario (preedípico) y el de lo simbólico (el Edipo resuelto), estaban dominados, regidos y marcados por una sola Ley, la de lo simbólico.

Lacan muestra la eficacia del Orden, de la Ley, que acecha desde antes de su nacimiento a todo ser humano, y se apodera de él desde su primer grito, para asignarle su lugar y su papel, por lo tanto su destino forzoso. Todas las etapas superadas por el pequeño ser humano lo son bajo el reino de la Ley, del código de asignación, de comunicación y de no comunicación humanas; sus satisfacciones llevan en sí mismas la marca indeleble y constituyente de la Ley.

Por ahí empieza lo que constituye la presencia en acto del Padre (que es Ley), y por lo tanto del Orden del significante humano, es decir de la Ley de Cultura: este discurso verbal, el discurso de este Orden, este discurso del Otro, del gran Tercero, que es este Orden mismo: el discurso del inconsciente. Con esto, plantea Althusser, nos brinda una conquista conceptual sobre el inconsciente, que es en cada ser humano, el lugar absoluto en el que su discurso singular busca su propio lugar, el ancla propia de su lugar, en la imposición, la impostura, la complicidad y la negación de sus propias fascinaciones imaginarias.

En todos los casos, ya sea el momento de la fascinación dual de lo Imaginario, o el momento (Edipo) del reconocimiento vivido de la inserción en el Orden simbólico, toda la dialéctica de la transición está marcada en su esencia última por el sello del Orden humano, de lo Simbólico, cuyas leyes formales, cuyo concepto formal, lo brindaba la lingüística. Así, para Althusser, la teoría psicoanalítica podía ofrecernos lo que distingue a toda ciencia de una simple especulación: la definición de la esencia formal de su objeto, condición de posibilidad de cualquier aplicación práctica, técnica, sobre sus propios objetos concretos. Con ello, la teoría psicoanalítica evitaba las antinomias idealistas clásicas formuladas.

Por otra parte, en la Argentina se desarrollaba otra de las vías de recepción de Lacan, a través de la figura de Raúl Sciarretta. Este filósofo fue un referente fundamental en la formación de los intelectuales en general y en los avatares de la constitución del campo psi en particular, en las décadas del 60', 70' y 80' en el país. Un maestro con una importante trayectoria en el ámbito de la filosofía, la epistemología y el psicoanálisis, quien además fue miembro del Partido Comunista y sin duda alguna fue el maestro de los autores de "Psicología, ideología y ciencia". De hecho, Néstor Braunstein, Marcelo Pasternac, Gloria Benedito y Frida Saal se formaron con Sciarretta, a quien le atribuían sus mayores deudas intelectuales, así como también con la impronta de la corriente althusseriana.

Sus cursos sobre "epistemología del psicoanálisis" caracterizaron aquella época y su lectura epistemológica de la obra freudiana llegó a distintas partes del país. Esta expansión de sus enseñanzas estaba íntimamente vinculada al momento que atravesaba el psicoanálisis a nivel local, particularmente con relación a las crisis de las categorías teóricas, institucionales y políticas que habían sostenido las condiciones de difusión y desarrollo del psicoanálisis hasta el momento. De hecho Sciarretta participó del movimiento que llevó a la ruptura de la APA, y sus enseñanzas no eran ajenas a ese cuestionamiento (Lafolla Cardós, 2011, pág.1).

En la Argentina, la inestabilidad docente asociada a las frecuentes interrupciones de la democracia, pero consolidadas a partir de la dictadura de Onganía en 1966, había provocado que la gran mayoría de los que eran referentes principales fueran obligados a abandonar la universidad, contexto que contribuyó a que en Buenos Aires surgieran los grupos de estudio. Allí se enseñaba todo lo que no se podía aprender en las facultades intervenidas por la dictadura y rápidamente tomaron la forma de una verdadera universidad paralela. En el interior de estos grupos se propiciaba un intercambio interdisciplinar que

permitía a los actores del campo psi articular precisamente “el pensamiento psi” con las problemáticas recortadas en otras ciencias humanas (Viguera, 2003, pág.216).

Es a través de su recorrido marxista que Sciarretta llegará al encuentro de la obra de Althusser, se convertirá en uno de sus introductores en la Argentina y a través de quien profundizará definitivamente su interés por la obra de Freud y de Lacan. En la década del 70 comienza a dictar cursos sobre Epistemología del Psicoanálisis en los cuales ya empezaba a trabajar la enseñanza de Freud y Lacan por la vía Althusser, que será profundizada sobre todo a fines de los 70 y principio de los 80, periodo en el cual se dedicará específicamente a la enseñanza de Lacan. Tal como plantea Viguera (2003), el mismo efecto de amplificación e irradiación, y por qué no, de recepción del pensamiento de Lacan que se generó gracias a Althusser, tuvo su reflejo en Argentina casi de inmediato. Los textos del filósofo francés fueron traducidos en 1967 y se propagaron rápidamente dentro de lo que era la cultura de los 60 en nuestro país, asociándose al ingreso del estructuralismo y su impacto en casi todas las ciencias sociales.

Es aquí donde surge esta vía alternativa, esta otra ruta de época para la recepción del pensamiento de Lacan en nuestro país. Una ruta que venía a sumarse a la inaugurada indiscutiblemente por el recorrido intelectual de Oscar Masotta, cuyo acontecimiento originario suele fecharse en 1964 con la mítica conferencia “Jacques Lacan o el inconsciente en los fundamentos de la filosofía”. Y en esa nueva ruta la figura de Sciarretta tendría un enorme protagonismo como referente de lo que algunos llamarían el althussero-lacanismo y otros el psicoanálisis francés contemporáneo (Viguera, 2003, pág.218).

Es así que tomando las herramientas teóricas de la epistemología materialista de Bachelard, las producciones de Althusser y las elaboraciones que desde estos autores podía hacerse de Marx, Sciarretta abordará los problemas del conocimiento científico en la producción teórica de Freud para un análisis crítico de ese “contexto nacional” instituido. Utilizando los conceptos de ruptura epistemológica y de reconstrucción por recurrencia analizará los supuestos, los puntos de partida y las conclusiones a las que Freud arribó, desde las cuales se podía establecer el valor de científicidad de la teoría del Inconsciente.

De esta manera el curso giraba en torno a la lectura epistemológica de la obra freudiana desde los autores mencionados, efectuando un desarrollo que se podía connotar, en aquella época, en términos de epistemología materialista del psicoanálisis y que se oponía a una epistemología neopositivista, todavía vigente en la época (Lafolla Cardós, 2011, pág.4).

Para Sciarretta el materialismo histórico produciría una ruptura epistemológica y por lo tanto un pasaje de la ideología (pre-ciencia) a la ciencia, que consistía en una nueva organización conceptual como producción reglada de un objeto de conocimiento. Iba tomando forma una suerte de grilla de lectura crítica, un verdadero programa epistemológico que sería a partir de 1970, la herramienta principal con la que muchos psicólogos y psicoanalistas terminarían

impugnando en sus fundamentos, por un lado a la primera identidad profesional -blegeriana- del psicólogo argentino, y por otro al paradigma psicoanalítico kleiniano sostenido sobre todo por los miembros más ortodoxos de la Asociación Psicoanalítica Argentina.

Este tipo de planteo marcó una coyuntura en el interior de la cual se precipitaría posteriormente la implantación del paradigma lacaniano sustituyendo al kleiniano en la Argentina (Viguera, 2003, pág.220). Estas claves permitían solventar un proyecto intelectual que compatibilizaba nada más ni nada menos que una refundación de un “psicoanálisis a la Freud/Lacan” con el marxismo, desde una raíz epistemológica materialista que salía al cruce de la denominada “epistemología neopositivista”. Así, el psicoanálisis se erigía como una “teoría del proceso de constitución de sujetos”, por ende una “ciencia de los procesos de sujetación” que podía esclarecer en el hombre “la estructura invisible” (el aparato psíquico) edificada desde la infancia en los procesos de socialización y advertirlo acerca de su inserción en las relaciones y los modos de producción analizados por el materialismo histórico de Marx en adelante.

En cuanto a la otra ruta de época por donde se dió la entrada de Lacan en la Argentina, fue la inaugurada por Oscar Masotta, de quien se hizo mención en el apartado anterior. Un intelectual autodidacta, -marginal al campo académico y del psicoanálisis-, introductor del pensamiento de Lacan y luego fundador de la primera Escuela Lacaniana de la Argentina. Lector de Sartre y Marx, quien encontró en Lacan algunas respuestas que posibilitaron otro encuentro entre el psicoanálisis y el marxismo a partir de los obstáculos que aparecían en la fenomenología y el existencialismo sartreano. Y fue ni más ni menos que Georges Politzer el buscado para realizar este entrecruzamiento de discursos que caracterizaron la producción intelectual de esta época (Carpintero y Vainer, 2004, pág.353).

Masotta llega a Lacan a través del problema de la conciencia. Había traducido La trascendencia del ego, de Sartre. Siguiendo las diferencias entre Merleau-Ponty y Lagache sobre el tema de la conciencia, había escrito en 1959 el artículo “La fenomenología de Sartre y un trabajo de Daniel Lagache”. Allí planteaba que la conciencia debía ser liberada por el pensamiento psicoanalítico de la fascinación sobre el Yo, que le hacía ver a éste fuente de sus actos. Pero la conciencia no podía dejar de darse un Yo cuya “oscuridad” permitía que la “realidad” existiera para el sujeto. Luego finalizaba diciendo: “Y aquí la fenomenología se acerca a través de un camino insospechado al lenguaje del freudismo”. Fue en este texto donde citó por primera vez a Lacan cuando se refirió a la revista La Psychanalyse, publicación de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis, grupo que presidía Lagache, pero cuyo inspirador era Jacques Lacan (pág.355). A esta sociedad la conformaban psicoanalistas que se habían separado de la Sociedad de París debido a una crisis interna producto del modo de entender la formación del psicoanalista y la denuncia de los lacanianos al positivismo y la pasividad del psicoanálisis francés ante la penetración del culturalismo norteamericano.

Para Masotta el centro de la posición lacaniana más inamovible era el de la opacidad radical del sujeto para el psicoanálisis. Creía necesario introducir el pensamiento de Lacan recurriendo a la Psicología Concreta de Georges Politzer, que le permitía por un lado, establecer una relación entre psicoanálisis y marxismo y, por otro, retomar la crítica de la reificación del inconsciente que coincidía con la crítica lacaniana a todo idealismo de la conciencia o del Yo, así como a las terapias que planteaban todos sus principios en un fortalecimiento del Yo. Es preciso recordar que Lacan en 1932, cuando realizaba su Tesis de Doctorado sobre las psicosis paranoica, adhería a la Psicología Concreta de Politzer, sin nombrarlo (pág.357).

Esta circunstancia, señalada por Masotta, le permitía afirmar que: “En Lacan la dimensión lingüística no sólo viene a ocupar el primer plano de la práctica y de la investigación, sino que, bien entendido, la noción de drama, que ha quedado formulada por Politzer, pero no lo suficientemente explicitada, encuentra aquí su marco de sentido en la intersubjetividad y el deseo, que constituyen el pasaje obligado para alcanzar la comprensión de las nociones que Politzer, al final de su libro, consideraba como el aporte de Freud a la Psicología Concreta: la identificación y el Edipo. Hay en Lacan una profundización de Politzer y una temática que nos devuelve a Freud sin apuntes” (Masotta, 1964, pág.75).

La vuelta a Freud que inaugura este autor en la Argentina pasaba por Lacan como una profundización del discurso de Politzer.

A su vez Masotta también estableció algunos reparos a la obra de Lacan, al lamentar que este psicoanalista francés permaneciera silencioso y cauto en el plano de las manifestaciones ideológicas expresas.

Es entonces, a partir del año 1966 cuando se iniciaba el auge del estructuralismo. Si en Masotta, Lacan ocupaba el lugar de Sartre; para otros Althusser reemplazaba a Politzer en la búsqueda de un encuentro entre Marx y Freud. De la Psicología Concreta se volvía al Psicoanálisis y en esta vía las conceptualizaciones teóricas de Lacan, eran el referente. Paradójicamente su resultado posterior fue terminar con la posibilidad del encuentro entre Freud y Marx, ya que concluían en que eran dos lugares epistemológicos diferentes, y de allí su desencuentro final (Carpintero y Vainer, 2004, pág.358).

Es interesante señalar que este proceso tuvo una gran similitud con el que se dio en Francia. Como indica Elisabeth Roudinesco, el discurso estructuralista entre los años 1962 y 1967 se apoderó del freudismo para reemplazar el compromiso sartreano y un humanismo de la conciencia culpable para dar cuenta de una verdad estructural. En este sentido, la obra lacaniana ocupó un lugar importante del desarrollo estructuralista. Es por esto que, “no es por casualidad si, en el centro de este alboroto antifenomenológico, el interés prestado al lacanismo proviene primero del pensamiento marxista representado por Louis Althusser” (Carpintero y Vainer, 2004, pág.359). Al mismo tiempo que este filósofo buscaba una alianza con Lacan ayudándolo a romper con la IPA, Althusser proponía a sus alumnos que

trabajaran sobre su obra. La necesidad de una alianza para el filósofo consistía en que "Lacan (...) lleva a cabo un combate implacable contra el humanismo, el cientificismo y el personalismo; por consiguiente, sus tesis son esenciales para nosotros. Permiten pensar a Freud en términos filosóficos y salir de los callejones sin salida politzerianos" (Roudinesco, 1993, pág.444).

Con esto renovaba de manera crítica a Politzer utilizando la obra de Lacan para cuestionar la visión pavloviana del Partido Comunista e impugnar los ideales adaptativos de la escuela culturalista de Estados Unidos. Este proyecto de renovar el marxismo a partir de la noción de un sujeto no psicológico fue formalizado por Althusser en Freud y Lacan. De esta manera, continúa Roudinesco, "Cuando los jóvenes alumnos de la École Normale Supérieure (E.N.S) descubren a Lacan por las enseñanzas de Althusser, la nueva configuración estructuralista dota al psicoanálisis de una condición de cientificidad que nunca antes había podido obtener. En semejante coyuntura, la teoría freudiana es aprehendida por sí misma, por fuera de las instituciones psicoanalíticas y como un campo separado de la ciencia, separado de la medicina" (Carpintero y Vainer, 2004, pág.359).

En Argentina algunos psicoanalistas de izquierda consideraban al psicoanálisis kleiniano conservador e ideológicamente reaccionario. A través de Althusser encontraron en Lacan la "vuelta a Freud" que permitía cuestionar las ideas kleinianas. Ambas lecturas, la de Althusser y la de Lacan, se encontraron en los años 60 dentro de la corriente estructuralista que permeaba las ciencias sociales y la filosofía de ese período (Balán, 1993, pág.167). Fue por ello que Massotta inició su polémica con Emilio Rodríguez, entonces presidente de la APA. En alusión a él, en la primera publicación de la RAP "Leer a Freud", aquel afirmó que "Es Althusser -quien lee a Marx no sin haber leído a Lacan- el que nos sugiere la tarea: leer a Freud" (Revista Argentina de Psicología, 1969, pág.19).

Por ende, fueron Masotta y Sciarretta los introductores de Lacan, no sólo en el país sino también en el castellano, su gran difusión puede entenderse debido al auge del estructuralismo y su impacto en casi todas las ciencias sociales.

III. CONCLUSIÓN

Con este Trabajo Integrador Final, que constituye la última presentación formal previa a mi graduación como Licenciado en Psicología, pretendí interiorizarme sobre la conformación del campo disciplinar en el que estoy inserto y me apasiona. Como ningún análisis puede ser exhaustivo ni abordar todas las dimensiones posibles de los hechos o lo pensable, decidí circunscribir el abordaje a un período en el que los debates fueron encendidos y donde parecía que se abriría una etapa completamente distinta. No podemos conjeturar qué destino hubieran tenido nuestras disciplinas si aquel escenario con sueños revolucionarios se hubiese definido hacia el horizonte emancipador que se vislumbraba por ese entonces. Lo cierto es que los hechos políticos, derivados de la imposición hegemónica de un proyecto de país diferente al imaginado por los intelectuales del momento, generarían posteriormente otras condiciones que obviamente tuvieron impacto en todos los ámbitos y también en el académico-científico.

De esta manera, el desarrollo del trabajo pretendió demostrar cómo el análisis de la historia de la psicología, que incluye el estudio de las obras y los conceptos dentro una cultura y una década específica, desplaza necesariamente el foco hacia las condiciones de los campos (científico, intelectual, político), en una indagación de los movimientos y debates, las instituciones y símbolos, las operaciones de traducción y apropiación. Esto permite entender la historia de la psicología como un ámbito interactivo que se abre a los motivos, las representaciones y los agentes de la sociedad (Vezzetti, 2007, pág.165).

Una historia concebida desde una formación discursiva e institucional se caracteriza por una colocación plural, dispuesta a desplazarse en la medida que sus “objetos” se configuran en construcciones que pueden ser, en principio, diferenciadas en dos esferas: sociocultural y conceptual.

Esta última refiere a la indagación de condiciones no discursivas, extrateóricas, que se focaliza en las prácticas y las instituciones, los “usos” y aplicaciones, debe dar cuenta de un orden que es propio de un campo científico profesional, con sus posiciones, reglas de pertenencia, de consagración y principios de legitimidad (Vezzetti, 2007, pág.162).

Como afirma Pierre Bourdieu, el campo es un lugar de luchas y en el campo psi –a partir de la aparición del título profesional- las disputas se dieron en dos frentes: los debates con médicos y psiquiatras, por la legitimidad del ejercicio de la psicoterapia y la lucha dentro del colectivo de psicólogos, entre otras cuestiones, por la apropiación del psicoanálisis.

A partir de la indagación realizada sostendremos que la profesión se constituye a partir de que, en virtud de la expansión de los estudiantes de psicología en el país, se produce el ingreso de nuevos sectores que buscaban algo más que una técnica psicoterapéutica. Dichos sectores procurarán “profesionalizar” el campo como medio para obtener un mayor

espacio en el mercado de los bienes simbólicos y una de las vías que permitía este objetivo era la teoría psicoanalítica, hasta entonces monopolizada por la APA.

Bourdieu refiere que la estructura del campo “es un estado de relación de fuerzas entre los agentes o las instituciones que intervienen en la lucha (...) de la distribución del capital específico que ha sido acumulado durante luchas anteriores y que orientan las estrategias ulteriores” (1984, pág.136). Sus conceptos nos resultan pertinentes para comprender las situaciones que hemos descrito que se produjeron al interior del campo que nos ocupa.

El capital específico, en tanto capital cultural, existe según este autor, bajo tres formas: “incorporado, es decir bajo la forma de disposiciones duraderas del organismo; en estado objetivado, bajo las formas de bienes culturales (...) y finalmente en estado institucionalizado...”; este último es el que corresponde a los títulos y diplomas (Pinkasz, 1992, pág.66).

La existencia de una instancia de formación específica, consolida una distinción dentro del campo a partir de la posesión o no del título de psicólogo. Éste certifica la formación y será esgrimido por los nuevos psicólogos como argumento central en sus reivindicaciones por un mayor espacio dentro del campo psi. No se trata de un conflicto únicamente ocupacional, sino que expresa una disputa de naturaleza social, un conflicto de poder.

El nuevo grupo ocupacional que reivindica la profesionalización de la psicología se diferencia del proyecto de los fundadores (cercano a la idea de una formación científica para los futuros psicólogos), por la fuerte presencia del psicoanálisis, que, a tono con los aires de la época, buscaba aplicar la disciplina psicoanalítica más allá del encuadre tradicional, proyectándose a nuevos espacios de práctica y abriéndose a cruces teóricos originales (Dagfal, 2014, pág.105). Se trataba de una concepción psicosocial que resultaba novedosa y heterogénea. En ese proyecto alternativo, el psicólogo ya no aparecía sólo como un científico riguroso sino también como un intelectual comprometido con el cambio social. Al mismo tiempo, el psicoanálisis se transformaba en la matriz teórica privilegiada toda vez que podía articularse en diferentes planos con todo tipo de experiencias y de concepciones innovadoras.

Lo que estuvo en juego en el primer frente de disputa fue el conflicto entre dos estados de capital cultural diferentes. En efecto, el título es un capital cultural en estado institucionalizado que no existía como tal hasta mediados de la década del 50 y por lo tanto no era requisito para el ejercicio legítimo de la ocupación de psicólogo, como tampoco para el ejercicio de la psicoterapia, según había sido concebida en el modelo original. En este modelo alcanzaba con la posesión del capital cultural en estado incorporado, al que se accedía por pertenecer al campo médico. En rigor, la posesión de un tipo de capital cultural incorporado era el requisito principal para la ocupación del cargo de psicólogo, del ejercicio de la psicoterapia y para formar parte de la Asociación Psicoanalítica Argentina.

Lo que se discute entonces es una nueva legitimidad apoyada en una formación específica que reemplaza a la clase médica. La primera la tienen los psicólogos diplomados, la segunda los integrantes del campo de la medicina: psiquiatras, médicos y los que integraban la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA).

El conflicto entre dos tipos específicos de capital cultural dentro del campo no debe interpretarse como una mera disputa ocupacional entre psicólogos, médicos, psiquiatras y psicoanalistas adheridos a la APA, si no como la puja entre sujetos sociales que poseían capitales culturales diferentes y que en condiciones desiguales trataban de imponer su hegemonía. El nacimiento de la profesión de psicólogo podría ser leído en esta clave.

Pensamos, con Bourdieu, que la forma que reviste la lucha por la legitimidad científica, depende de la estructura del campo, de la estructura de la distribución del capital específico de reconocimiento científicos entre los participantes de la lucha. Tal como lo menciona este autor:

“Dentro de todo campo se oponen, con fuerzas más o menos desiguales según la estructura de la distribución del capital dentro del campo, (grados de homogeneidad), los dominantes, ocupando las posiciones más altas dentro de la estructura de la distribución del capital científico, y los dominados, es decir los recién llegados, que poseen un capital científico más importante (en valores absolutos) cuanto más importante son los recursos científicos acumulados” (2000, pág.32).

Desde la perspectiva de Bourdieu, se puede pensar que el grupo dominante del campo psi eran los médicos en general y los psiquiatras en particular, que habían sido los únicos profesionales legalmente habilitados para tratar las enfermedades del espíritu. Pero la aparición de psicólogos que aspiraban a competencias clínicas amenazaba alterar ese *statu quo*.

Dentro de los campos de producción de bienes culturales se encuentran los que se inclinan hacia estrategias de conservación, los que tienden a defender la ortodoxia, mientras que los que disponen de menos capital (que suelen ser los recién llegados) se inclinan a utilizar estrategias de subversión: las de la herejía. La herejía, la heterodoxia, como ruptura crítica, que está a menudo ligada a la crisis, es la que obliga a los dominantes a salir de su silencio y les impone la obligación de producir el discurso defensivo de la ortodoxia, un pensamiento derecho y de derechas (Bourdieu, 1984, pág.137).

Tal como plantea Alejandro Dagfal (2014); si los psicólogos, los recién llegados al campo psi, solo se apoyaban en la palabra como instrumento de curación, de ello se podía inferir que tenían una concepción de la enfermedad que contradecía la de la medicina orgánica. Eso era lo que se discutía cuando se planteaba el problema de los títulos necesarios para el ejercicio de las psicoterapias. Si se admitía que estas últimas no eran apenas un complemento de las terapias bioquímicas y orgánicas, y que obedecían a una lógica distinta

a la de las ciencias naturales, implicaba el derrumbe de todo el edificio teórico de la psiquiatría contemporánea o la aceptación de que ésta no pertenecía al orden de la medicina científica. Ambas posibilidades resultaban inadmisibles, por lo cual, para los psiquiatras, era crucial reafirmar el carácter subsidiario del trabajo psicoterapéutico de los no médicos.

En esta jurisdicción profesional disputada, contarían con la ayuda de psiquiatras reformistas y de psicoanalistas exogámicos. Todos ellos, a su vez, suscitarán la adhesión masiva de los estudiantes, quienes rechazaban los roles profesionales prescritos por los fundadores más científicistas, los psiquiatras organicistas y los psicoanalistas considerados ortodoxos (Dagfal, pág.112).

En cuanto a las controversias en el interior del campo entre psicólogos y psicoanalistas, se pudo observar cómo las relaciones entre ambos giraban en torno a aspectos como las competencias profesionales, el ámbito de intervención y el marco teórico que sustentaba sus prácticas. Eso nos hace pensar que las disputas sobre el rol del psicólogo eran permeables a los debates que se daban al interior del campo psicoanalítico, por dos razones que estaban bien anudadas. Es decir, del lado del campo psicoanalítico, porque la ruptura de la izquierda freudiana con la APA había generado un nuevo psicoanálisis decididamente volcado al “afuera” de la institución psicoanalítica, donde se reencontraba no solo con la sociedad en su conjunto sino también con otros trabajadores de la salud mental, en particular, los psicólogos. Del lado del campo psicológico, tanto porque la formación universitaria se había modificado sensiblemente desde finales de los 50 y el pensamiento psicoanalítico se había convertido en teoría hegemónica, como porque -desde aquí-, también se impulsaba una psicología “en el afuera”, que confluía con un psicoanálisis fuertemente transformado (Klappenbach, 2000, s/p).

Aun con todas las diferencias y matices de un debate que lamentablemente se detuvo debido al clima crecientemente represivo de la segunda mitad de los 70, la cuestión del psicoanálisis -o de los psicoanálisis- ocuparía un lugar central en todo lo relacionado con el rol del psicólogo.

En efecto, para la gran mayoría de los actores del momento, el rol del psicólogo podía identificarse con el del psicoanalista (Harari, Grego, Kaumann), o incluir la formación y dominio del psicoanálisis (Bohoslavsky, Danis, Malfé, etc.). Y aun para aquellos que imaginaban una identidad del psicólogo bien lejos del psicoanálisis, tal identidad se construía a partir de la diferenciación con el psicoanálisis o a partir de su negación. En tal sentido, no resulta exagerado afirmar que, en la década examinada, ya fuera por adhesión, diferenciación o rechazo, el psicoanálisis constituía uno de los ejes principales que articulaba prácticamente todos los debates sobre el rol del psicólogo (Klappenbach, 2000, s/p).

En ese marco, había un cierto consenso en la idea de que no podía formarse un psicólogo en forma científica, si carecía de preparación en Psicoanálisis (Danis, Bohoslavsky, Malfé, de Ocampo, Berlín y Goldín, 1970, pág.118). Se sostenía que no resultaba posible epistemológicamente, la exclusión del psicoanálisis del campo de la psicología.

El psicoanálisis brindaba una condición de cientificidad dentro del campo debido a que, en un principio, Freud fundó una ciencia. Una ciencia nueva de un objeto nuevo: el inconsciente.

Si esta ley hacía del psicoanálisis una ciencia con un objeto propio, debía responder también a la estructura de toda ciencia que tiene una teoría y una técnica (método) que permiten el conocimiento y la transformación de su objeto en una práctica específica.

Como en cualquier ciencia, la práctica no es su absoluto, sino un momento teóricamente subordinado: la instancia en la que la teoría -que ha llegado a ser método (técnica)-, entra en contacto teórico (conocimiento) o práctico (cura) con su objeto propio (el inconsciente) (Althusser, 1964, pág.30). Esto se imponía con el retorno a Freud, al que aludía Althusser y materializaba Lacan. Un trabajo serio de crítica histórico-teórica que identificaba y definía, con los conceptos de Freud, la verdadera relación epistemológica existente entre esos conceptos y el contenido que transmitían (pág.26).

Desde esta perspectiva, se alejaban del revisionismo biopsicosociológico que olvidaba que una ciencia sólo puede esgrimirse como tal si puede, por pleno derecho, poseer un objeto propio y no la porción de un objeto prestado, concedido o abandonado por otra (pág.33).

Así, para Louis Althusser, la teoría psicoanalítica ofrecía lo que distingue a toda ciencia de una simple especulación: la definición de la esencia formal de su objeto, condición de posibilidad de cualquier aplicación práctica, técnica, sobre sus propios objetos concretos. Con ello, la teoría psicoanalítica evitaba las clásicas antinomias idealistas.

De esta manera, estamos en condiciones de afirmar que el psicoanálisis actuó como un corpus que proveía legitimación profesional. Se pueden hallar ciertos consensos implícitos en el interior del colectivo de psicólogos sobre esta referencia, ya que, como se pudo observar, era aquello que no era puesto en tensión y que constituía el trasfondo de esos debates intelectuales. El psicoanálisis permitía una delimitación clara del campo de los problemas y también funcionaba como eje de las articulaciones de discusiones teóricas, epistemológicas y políticas presentes en la década de los 60. La disciplina entra en escena como protagonista central de esta historia, marco de referencia teórico, ideal profesional o herramienta para entender la sociedad en la que se vive.

Dentro de las disputas entre psicólogos y psicoanalistas cabe recordar que, los nuevos profesionales habían fundado la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires, que en 1969 editó el primer número de la Revista Argentina de Psicología (RAP), producción que fue insumo para conocer el mapa de debates de la época. Los psicólogos de Buenos Aires

eran, en algún aspecto de su formación profesional, “hijos de psicoanalistas” que procedían a cortar el cordón umbilical. Al hacerlo, lograban la inserción y diversificación del psicoanálisis fuera de la APA, donde tenían vedado el ingreso y por la cual se sentían rechazados. Escapaban así del control profesional que provenía de la Asociación Psicoanalítica Internacional y de su filial argentina (Balán, 1991, pág.163).

La creación de instituciones autónomas, dirigidas por psicólogos, no pudo evitar que surgiera en muchos una conciencia de su dependencia bajo la hegemonía psicoanalítica. En el clima político desatado en la Argentina a partir de El Cordobazo, la desigualdad profesional entre psicólogos y psicoanalistas -identificados siempre como miembros de la APA- se volvía intolerable.

Por otra parte, se abrían vías de formación paralela de psicoanalistas a gran escala, producto de una red más o menos articulada de actividades cuyo principio fundamental era que la APA monopolizaba el título “oficial” de psicoanalista, de carácter sólo honorífico pero consensual. Nada impedía que alguien se llamara “psicoanalista”, como de hecho lo hacían y hacen muchos médicos o psicólogos. Pero dentro de la profesión surgía una jerarquía visible, en cuya cúspide figuraban los psicoanalistas “oficiales” (Balán, 1991, pág.159).

Si bien las relaciones desiguales entre médicos psicoanalistas y psicólogos en las instituciones donde trabajaban juntos -como los servicios hospitalarios- eran aceptables a comienzos de los años 60, cuando los recién graduados sólo pretendían la incorporación en el equipo de trabajo, diez años más tarde se volvieron intolerables para éstos. Su mayor madurez y experiencia y el clima político revolucionario los habilitaba para presionar con más contundencia por el lugar que les correspondía.

A mediados de 1971 estudiantes y docentes de la carrera de Psicología en Buenos Aires elaboraron El rol del psicólogo: un verdadero manifiesto por la liberación profesional, que se publicó en 1973 y circuló ampliamente en la facultad. Allí, los psicólogos expresaban su deseo de escapar del dominio del psicoanálisis de la APA y afirmaban que “cualquiera sea la forma particular en que interactúan, la relación entre psicoanalista y psicólogo es siempre una relación profesor-alumno, en la que el alumno es el psicólogo, y además esa relación se cronifica como tal, perdiendo el carácter transitorio que es intrínseco a una relación docente”.

Primero eran alumnos de los psicoanalistas en la Facultad; luego, para progresar en la carrera, asumían posiciones subordinadas en la práctica hospitalaria, donde sus jefes eran siempre médicos y a menudo psicoanalistas. Para completar su formación estudiaban en grupos pagos; orientados por psicoanalistas, mientras realizaban sus análisis personales con ellos y controlaban su trabajo con miembros de esa profesión. En la negación de la autoridad de ese psicoanálisis encumbrado en las asociaciones afiliadas a la Asociación Psicoanalítica Internacional, donde tampoco eran admitidos, los psicólogos convergieron

con los seguidores de las enseñanzas de la escuela francesa liderada por Jacques Lacan (pág.165).

Recordemos que en los años 50, la nueva izquierda intelectual, surgida en los márgenes de la Facultad de Filosofía y Letras, tuvo como faro al existencialismo de Jean-Paul Sartre quien condensaba en su obra temas tan aparentemente dispares como la filosofía marxista y la fenomenología, pero también el compromiso político y una preocupación por la obra de Freud.

Freud ocupó un lugar marginal en ese medio intelectual porteño, tanto como en el parisino, hasta que lo legitimó el filósofo marxista Louis Althusser. Desde una nueva lectura de Marx, Althusser se volcó a la revisión de Freud que hacía otro francés: Jacques Lacan. Ambas lecturas, la de Althusser y la de Lacan, se encontraron en los años 60 dentro de la corriente estructuralista que interpelaba a las ciencias sociales y la filosofía de ese período. Althusser acabó con la campaña antifreudiana que había lanzado el movimiento comunista francés la década anterior, y contribuyó así al fervor psicoanalítico que se apoderó del país a partir de entonces.

En ese contexto, los trabajos de Lacan eran leídos como un psicoanálisis opuesto al que enseñaban los miembros de la APA o el que les interesaba a los psicólogos para el uso en sus consultorios. Se decía que el Freud de la APA era la transmisión de una técnica o la formalización de una teoría que no se preguntaba sobre sus fundamentos y alcances (Balán, 1991, pág.167).

Para los psicólogos, Lacan no era un dato obtenido en la Facultad o en los consultorios de sus analistas de la APA, sino en los círculos de estudios que formaron tanto Masotta como Sciarretta. Jacques Lacan les ofrecía un mundo nuevo en un paquete interesante: el ataque a las instituciones del psicoanálisis oficial, el halo de rebeldía, el clima intelectual francés en contraste con el estrecho profesionalismo kleiniano de la APA. El sólo cambio de idioma tenía resonancias ideológicas y políticas: el francés sonaba mejor que el inglés para una postura antiimperialista. Los psicólogos -y también algunos médicos-, llevaron las enseñanzas de Lacan a sus consultorios.

Por último, desde la esfera de lo sociocultural no podemos soslayar la incidencia del contexto histórico-político nacional en el campo científico en cuestión y en la definición del rol dentro del colectivo de psicólogos. Una influencia tal que llevó a focalizar los debates en torno a la nueva función profesional, imprecisa en sus inicios, hacia la asunción del compromiso que le correspondía a los profesionales en una sociedad que requería urgentes transformaciones políticas y sociales.

Cómo se describió, era un contexto de modernización social y cultural, de creciente politización, impulsada por movimientos de izquierda, pensamientos progresistas y

marxistas que venían a inscribirse a un clima de ideas que promovía la constitución de una nueva izquierda (Terán, 2013, pág.245).

El escenario local reflejaba el impacto internacional de la Revolución Cubana y la pronta decepción de las expectativas que había generado la figura de Arturo Frondizi a partir de 1966. Todo ello contribuyó a la emergencia de nuevos modos de compromiso y militancia que fueron radicalizándose cada vez más.

Influenciados por ese clima político y social, los jóvenes graduados en psicología concibieron a la disciplina como un campo ineludiblemente implicado en el compromiso con las ideas revolucionarias, que no sólo buscaban desenmascarar sino revertir las condiciones de explotación y opresión a las que eran sometidos los países en vías de desarrollo.

Por encima de toda diferencia, existía una convicción política de que el psicólogo tenía que intervenir en la escena pública para asistir al hombre contemporáneo en sus ámbitos concretos de acción y en su malestar cotidiano. Por lo tanto, con distintos matices, se convergía en una zona abierta que concebía al ser humano en actividad, donde la tarea debía desplazarse entonces a las instituciones educativas, laborales, asistenciales, recreativas, gremiales para intervenir directamente sobre los conflictos que allí se suscitaban y por entender que el sujeto deviene de sus prácticas y de sus condiciones materiales de existencia.

No es necesario explicitar aquí cómo ese sueño emancipador fue truncado por la violencia política que dejaría secuelas aún vigentes en la sociedad. No hace falta decir la tragedia que significó el terrorismo de Estado en la Argentina que terminó con “nuestra finalidad de hacer la revolución social con todas sus características y todas sus consecuencias” (Duhalde, 2007, p:23).

Este trabajo analizó la constitución del campo de la psicología en un momento signado por golpes militares que se caracterizaron por una virulencia criminal cada vez más intensa. Figuras como Onganía (1966) y Videla (1976) son emblemas de una etapa que se propuso y consiguió romper las bases materiales que le daban protagonismo al movimiento obrero y a todas las actividades y profesiones que se atrevieran a desafiar un modelo excluyente, al servicio de los intereses hegemónicos externos a los que los usurpadores del Estado obedecían.

Desde La noche de los bastones largos (1966), la persecución a los intelectuales, científicos y docentes que encarnaban una mirada crítica de las políticas represivas no cesó, sino que se tradujo en la detención clandestina, asesinatos y desaparición de figuras relevantes del pensamiento nacional. También en el campo de la psicología, las dictaduras, especialmente la última, tuvo un correlato de muerte y desaparición de importantes referentes, entre ellas Beatriz Perosio, quien ocupaba los cargos de Presidenta de la Asociación de Psicólogos de

Buenos Aires (APBA) y de la Federación de Psicólogos de la República Argentina, al momento de ser secuestrada, el 8 de agosto de 1978 (Página 12, 2017).

El recorrido realizado nos permite poner de relieve la importancia de entender el momento histórico. Sólo en esa clave se pueden comprender profundamente los acontecimientos que impactan y transforman a la sociedad y -en este caso- al campo disciplinar de la psicología.

Al comienzo del trabajo referíamos, con Kosellek (2004) que la realidad es cambiante y que los conceptos que nominan sus circunstancias dinámicas tampoco son de una vez y para siempre. El autor sostiene que los conceptos abarcan contenidos sociales y políticos y que la importancia de comprender la historia conceptual radica precisamente en que permite conectar esos conceptos con la realidad social.

Desde esa mirada entendemos que toda idea, concepto o tradición científica siempre tienen una raíz histórica y no pueden interpretarse sin atender al hecho de que representan necesidades y demandas epocales. De allí la importancia de la perspectiva histórica-crítica, para conocer cuáles eran las problemáticas a las que se intentaban dar respuesta y desde dónde deben rastrearse los debates actuales de la psicología contemporánea (Viguera, 2016, pág.3).

Lo estudiado nos desafía a una necesidad elemental: entender el momento histórico. Ello implica dos cosas: primero identificar a qué obedece una idea, acto o movimiento y qué es lo que se busca con ello en el momento en que se vive. Segundo, comprender cómo se interpreta aquello que acontece. Esto requiere analizar las implicancias políticas, ideológicas, culturales y psicológicas que tiene la coyuntura epocal en la producción humana en todos los tiempos.

El análisis del momento histórico de este período nos permite pensar cómo las posibilidades transformadoras del psicoanálisis fueron invocadas desde movimientos revolucionarios en busca de transformaciones políticas y sociales. Esta reapropiación de la disciplina, así como también de los principios marxistas fueron característicos de esos núcleos ideológicos del campo intelectual argentino, fracciones de intelectuales críticos permeables a los acontecimientos políticos y sociales de esa etapa.

Este trabajo de final de licenciatura quedará en mis archivos personales y en la biblioteca de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata, donde me formé. Acaso sin pretenderlo, permitirá a otros leer un momento singular y decisivo de la conformación del campo disciplinar del que ahora soy parte. Seguramente, en otro tiempo, otros podrán dar cuenta de las nuevas disputas que existen y existirán hacia su interior, porque siempre será desafiado, interpelado y exigido por sectores que pugnarán por ganar voz en su seno. Eso, además de ser propio del campo científico, es una característica del ser humano y que da cuenta del poder que siempre opera y regula las relaciones en todos los ámbitos.

IV. BIBLIOGRAFÍA

- Abbott, A. (1988). *The System of Professions: an essay on the division of expert labor*. Chicago: University of Chicago Press.
- Althusser, L. (1964). *Escritos sobre psicoanálisis. Freud y Lacan*. México: Siglo veintiuno XXI.
- Asociación de Psicólogos de Buenos Aires (1969). *Revista Argentina de Psicología*, Año 1, N° 1, septiembre 1969
- Balán, J. (1991). Capítulo 3 y Capítulo 5. En *Cuéntame tu vida: una biografía colectiva del psicoanálisis argentino*. Buenos Aires: Planeta.
- Bleger, J.(1966). Cap. 5, Perspectivas del psicoanálisis y la psicohigiene. En *Psicohigiene y psicología institucional*. Buenos Aires: Paidós.
- Borinsky, M. (1998). *Cuatro polémicas en la constitución de la psicología como profesión*. Buenos Aires. Editorial Paidós en 1966.
- Borinsky, M. (2000). Entre Bleger y Masotta: Georges Politzer o la búsqueda de un héroe. En AA.VV. (2000). *Psiquiatría, Psicología y Psicoanálisis. Historia y memoria* (pp.106-120). Buenos Aires: Polemos.
- Bourdieu, P. (2000) Cap.1 El campo científico. En *Los usos sociales de la ciencia* (pp 11-27). Buenos Aires: Ediciones Nueva Vision.
- Bourdieu, P. (1984). *Sociología y cultura*. México: Editorial Grijalbo.
- Braunstein, N.; Pasternac, M.; Benedito, G. y Saal, F. (1975). *Psicología , ideología y ciencia*. Primera edición, 1975
- Carpintero, E. y Vainer, A. (2004). Cap.V: Entre silencios, miedos y exilios. En *Las huellas de la memoria* (Tomo II). Buenos Aires: Topía.
- Cátedra Corrientes Actuales en Psicología (2016). *Programa*.

- Dagfal, A. (2014). La identidad Profesional como Problema: El caso del Psicólogo Psicoanalista en la Argentina (1959-1966). *Psicología em Pesquisa*, 8 (1), 97-114.
- Danis, Juana (1969). El psicólogo y el psicoanálisis. *Revista Argentina de Psicología*, 1, 75-82.
- Danis, J.; Bohoslavsky, R.; Malfé, R.; Ocampo, M. L. S.; De Berlín, M. y Goldín, A. (1970). Mesa Redonda sobre Formación del psicólogo en la década del 70. *Revista Argentina de Psicología*, 6, 109-121.
- Duhalde, E. (2007). *El estado terrorista argentino*. Buenos Aires: Colihue.
- Harari, R. (1970). El psicoanálisis y la profesionalización del psicólogo (a partir de 'El psicólogo y el psicoanálisis' de Juana Danis). *Revista Argentina de Psicología*, 3, 147-159.
- Koselleck, R. (2004). Historia de los conceptos y conceptos de historia. *Ayer*, 53/2004 (1): 27-45.
- Klappenbach, H. (2000). El psicoanálisis en los debates sobre el rol del psicólogo. Argentina, 1960-1975. *Revista Universitaria de Psicoanálisis*, 2, 191-227.
- Klappenbach, H. (2005) Historia de la orientación profesional en Argentina. *Orientación y Sociedad*, 5 : 37-48.
- Klappenbach, H. (2006). Periodización de la psicología en Argentina. *Revista de Historia de la Psicología*, 27(1), 109-164.
- Lafolla Cardós, M. A. (11/2011). Raúl Sciarretta y la epistemología del psicoanálisis en los años '70. En *3er Congreso Internacional de Investigación*. Facultad de Psicología de la UNLP, La Plata. Recuperado de: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.1462.pdf
- Ley Nacional N° 17.132 (1967). *Reglas para el ejercicio de la medicina, odontología y actividad de colaboración de las mismas*.

Ministerio de Educación (2019). Resolución número 343

Masotta, O. (1976). Jacques Lacan o el inconciente en los fundamentos de la filosofía. Pasado y Presente, 9. En *Ensayos Lacanianos*. Barcelona: Anagrama

Masotta, O. (1969). Leer a Freud. *Revista Argentina de Psicología*, 1, 19-25.

Pinkasz, D. (1992) *Orígenes del profesorado secundario en la Argentina*. Editorial Sudamericana/Universidad de San Andrés, Buenos Aires. Fuentes.

Plotkin, M. (2003). Capítulo. 1: Los comienzos del psicoanálisis en la Argentina. En *Freud en las pampas*, pp. 27-65. Buenos Aires: Editorial Sudamericana

Roudinesco, E. (1993). *Lacan. Esbozos de una vida, historia de un sistema de pensamiento*. Francia: Librairie Arthème Fayard.

Smith, A. y Codina, G. (17/08/2017). Con la memoria intacta -a 39 años de la desaparición de Beatriz Perosio. *Página 12*. S/p.

Terán, O. (2013). *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Vezzetti, H. (2007). Historias de la Psicología: problemas, funciones y objetivos. *Revista de Historias de la Psicología*, 28 (1), 147-166.

Viguera, A. (2003). Las enseñanzas de Raúl Sciarretta en la universidad de las catacumbas. *Revista de Psicología Segunda Época*, 13, 209-229.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA:

Asociación de Psicólogos de Buenos Aires (1969). *Revista Argentina de Psicología*. Año 1, N° 2, diciembre 1969.

Grupo Documento (1972). Declaración del Grupo Documento. *Revista Los Libros. Para una crítica política de la cultura*, 25, 6-7.

Grupo Plataforma Argentino (1972). Declaración del Grupo Plataforma. *Revista Los Libros. Para una crítica política de la cultura*, 25, 5-6.

Viguera, A. (2016). *Historias de la psicología y el psicoanálisis en La Plata (1946-1990)*. La Plata: EDULP.